

Bô Yin Râ

EL LIBRO  
DEL  
MÁS ALLÁ

Título del original alemán: «Das Buch vom Jenseits»

Traducción al español:

Eduardo Cicari-Neumann en colaboración con Jan A. Schymura

Buenos Aires, 2010

Sobre la versión no modificada, nueva y ampliada de 1929,  
editada por Kober Verlag AG, Berna, Suiza.

Última revisión realizada en febrero de 2026.

Todos los derechos reservados.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
EL ARTE DE MORIR.....	9
EL MUNDO DEL ESPÍRITU & EL TEMPLO DE LA ETERNIDAD.....	34
LO ÚNICO REAL.....	52
¿QUÉ HAY QUE HACER? .....	68

Esta traducción está dedicada  
a los buscadores dignos de la verdad,  
con respeto y gratitud.

# INTRODUCCIÓN

Estos tres tratados deben ofrecerte—en la medida en que sea posible hacerlo mediante la palabra—una representación de aquello que te aguarda cuando, ante la extinción de tu vida corporal terrenal, te desligues de este mundo de los fenómenos *físico-sensoriales*.

Del mismo modo que un libro de viajes te habla de tierras que jamás has visto, aquí se te indica lo más necesario acerca de ese «país» todavía desconocido que estarás en condiciones de vivenciar un día, tras tu muerte, independientemente de que creas o no en la posibilidad de tal vivencia.

Al mismo tiempo, este libro busca liberarte de ciertos errores que todavía te mantienen encadenado cuando piensas en aquellos seres queridos que ya han dejado la Tierra.

Creencias temerosas, así como exageradas supersticiones de tiempos antiguos y modernos, han acumulado tal cantidad de imágenes fantásticas en relación con el «Más Allá» que resulta necesario reordenar esta confusa amalgama para que tales fantasías no sigan confundiendo tu imaginación.

Los *únicos* que realmente tienen algo *auténtico* que decir acerca de la vida tras la muerte física son aquellos pocos que conocen, por *experiencia* propia y certera, esa existencia que *no* precisa del cuerpo humano, aun cuando ellos, al igual que tú, experimenten en su manifestación terrenal los sufrimientos y las alegrías de esta Tierra.

En mi calidad de uno de esos pocos «Conscientes del Más Allá», transmito aquí lo que puede ser comunicado mediante palabras; pues percibimos el anhelo de una época que reclama, con pleno derecho, que no se preserve por más tiempo como un «conocimiento secreto» aquello que algunos han alcanzado mediante vivencias espirituales en diversos tiempos y lugares.

¡Que aquello que pueda comunicarte sirva para tu mayor bien!

¡Que mis palabras logren despertar tu sensibilidad más profunda, de modo que halles *en ti mismo* esa *certeza* que te dará seguridad, tanto frente al escepticismo estéril como ante la devoción ciega a visiones de mentes engañadas o perturbadas!

*En ti mismo* has de encontrar la justa medida que te permita discernir, de ahora en adelante, cuánto hay de verdad y cuánto de delirio en las representaciones que el ser humano —desde tiempos

remotos hasta la actualidad— se ha forjado para sobrellevar la oscuridad del enigma abismal que se manifiesta ante él cada vez que se halla frente a un cadáver.

Nada depende aquí de tu *juicio de verdad*, pues los hechos de los que hablo son independientes de tu aprobación o de tu rechazo. No te presento aquí dogma de fe alguno, sino que te muestro una forma de manifestación de la Realidad, cuya única vía de acceso actual es la transmisión de representaciones mentales mediante el lenguaje humano.

Muy pronto llegarás a conocer tu propia región en este ámbito de manifestación de la Realidad, *vivenciándola* por ti mismo...

En todos los tiempos, los «Conscientes del Más Allá» han testimoniado acerca de la Realidad, pero su testimonio fue presa fácil de ilegítimos e irresponsables deformadores de la palabra. Por ello, hoy necesitas ayuda si quieres aprender a desenmarañar lo que *debe* ser desenmarañado, a fin de que el mensaje de los verdaderos conocedores no caiga también en descrédito ante todos aquellos que sienten con claridad y rectitud, mezclado con los desvaríos de confusos extravagantes.

Si quieres conocer lo que aquí se te ofrecerá, despréndete de todo pre-juicio, mas escucha también, de tanto en tanto, en tu más profundo interior, pues allí se encuentra —si tan solo quisieras atender de buena voluntad— la respuesta a toda pregunta que mis palabras dejen aún abierta, dado que solo *tú mismo* has de aprender a responderlas.

Ciertamente, aquí no se trata de captar prosélitos a favor de una hipótesis filosófico-religiosa, ni del intento de fundar una nueva forma de religión, sino de dar testimonio de la *vivencia espiritual primordial* y no «cerebral», la misma que se halla en el origen de todas las grandes religiones antiguas nacidas *del Espíritu de Dios*...

Por lo tanto, la comprensión viva de lo aquí expuesto *de ningún modo* presupone el *abandono* de la religión heredada y venerada; al contrario, traerá consigo *una profundización, un afianzamiento* de la fe y *una mayor facilidad para creer* allí donde las venerables formas religiosas y los dogmas constituyen todavía una *verdadera* necesidad vital.

Pero también a aquellos que desde hace mucho tiempo se encuentran emancipados de todo vínculo confesional, mis palabras les despejarán de nuevo el acceso hacia los ámbitos espirituales, —alcanzarlos *sigue siendo* el mayor *anhelo* del ser humano—, aun cuando los modos de fe de sus antepasados *no* lograran guiarlos hacia esa realización, fervientemente deseada y acorde a su propio entendimiento.

# EL ARTE DE MORIR

Seguramente creerás que morir no es ningún «arte», sino más bien una fatal *necesidad*, y que es algo que se aprende solo.

Al igual que tú piensan innumerables personas, y cada día muchísimas abandonan su cuerpo terrenal a través de la muerte sin haber aprendido siquiera una vez el Arte de morir.

A muchos les llega la muerte inesperadamente, «como un ladrón en la noche», a otros les llega como un temido fantasma, a otros como una anhelada redención de sus sufrimientos y, en cambio, otros la llaman hacia sí, porque esperan a través de ella la liberación de las preocupaciones y urgencias del cuerpo y del alma.

Sin embargo, raramente le sorprende la muerte a aquel que *comprende* el Arte de morir.

¡Para comprender este Arte, debes haber *aprendido*, durante el tiempo de vida saludable, qué es la «muerte» y qué *significa* «morir»!

En la plenitud de tus fuerzas debes morir, por así decirlo, «a modo de ensayo», a fin de que sepas cómo hacerlo cuando la muerte te *sorprenda*.

Morir no es tan *fácil* como muchos suponen, pero tampoco *demasiado difícil* si se ha *aprendido* anticipadamente durante el tiempo de vigor...

Cada arte requiere *práctica*, y sin ella tampoco se aprende nada sobre el morir.

De todas maneras, un día habrá que pasar por ello, se comprenda ahora o no.

La mayoría de los seres humanos *temen* a la muerte porque no saben con exactitud qué sucede allí.

Sin embargo, aquellos que dicen *no* tener miedo son como niños que salen a navegar en un bote por alta mar desconociendo sus peligros.

Tú, en cambio, debes ser como un timonel que conoce los vientos y las corrientes marinas, y que sabe qué tierras le esperan al otro lado del mar.

Debes aprender a *determinar* el curso de tu barca bien equipada.

Se llama «*morir*» al abandono del cuerpo terrenal y sus órganos sensoriales, una vez que este ocurre *de forma definitiva* e irreversible, debido a que el cuerpo, por leyes físicas, ya no es capaz de conservarse.

Un fenómeno muy similar ocurre cada vez que te entregas al sueño; la diferencia es que en el sueño pierdes solo *parcialmente* el dominio sobre el cuerpo y los sentidos, mientras que en la muerte, ambos se pierden de forma total e *irrecuperable*.

¡Ya ves cómo la naturaleza, en cierto modo, te enseña a morir por sí misma de esta manera!

También puedes experimentar la muerte de un modo similar y anticipado durante un desvanecimiento, o mediante un desplazamiento inducido de la consciencia fuera de tu cuerpo.

En todos estos casos, siempre experimentas únicamente la *primera* parte del proceso; a no ser que tus «sentidos» internos y espirituales estén tan despiertos que puedas encontrarte contigo mismo «al otro lado» de la existencia y, para tu asombro, te descubras *vivo* aun *sin* el cuerpo terrenal...

Pero al *no* poseer aún esta experiencia, tus sueños durante el descanso nocturno podrían servirte de ayuda para que, al menos, te transmitan una *comprensión* de la vida consciente sin el cuerpo físico, si bien la vida del «Más Allá» es realmente *diferente* a un mero «sueño».

Para ayudar a tu entendimiento, debo *recordarte* aquí la vida en los sueños.

Así como en los sueños te encuentras *consciente, sensitivo, pensante y activo* —y así como en ellos habitas un «cuerpo» que utilizas libremente mientras tu cuerpo físico reposa tranquilo en su lecho, sumido en sueño profundo—, del mismo modo te encuentras configurado corporalmente, *consciente, sensitivo, pensante y activo* cuando, al otro lado de la existencia, utilices tus «sentidos» espirituales y, por su intermedio, llegues *a ti mismo*, ya sea de forma transitoria o —como en la muerte del cuerpo terrenal— de manera permanente.

Una diferencia fundamental consiste en que, durante el sueño, solamente observas las siempre fluyentes imágenes de tu fantasía plástica, las cuales, a través de miles de impulsos físicos y psíquicos, aparentan tener vida propia; en tanto que, para estar despierto en el mundo *espiritual* objetivo —sin importar en cuál de sus regiones acontezca tu despertar—, debes *abandonar* igualmente el reino de los sueños, tal como lo abandonas para estar despierto en el mundo de los fenómenos *físico-sensoriales*.

Si has «*superado*» el reino del sueño, solo entonces entras en el Reino del *Espíritu*, el cual no es difícil de distinguir incluso de tus más vívidos y «naturales» sueños, pues debido a tus sentidos espirituales, te encuentras allá en un estado de consciencia frente al cual aun la vida diurna más despierta en esta Tierra se presenta como sonambulesca.

Miras, oyes y sientes el mismo «mundo» *causal* que percibes en el estado de vigilia de tu existencia *física* como el mundo de los fenómenos *físicos*; solo que lo percibes «*desde el otro lado*».

La configuración del *mundo causal y esencial*, que te resulta *imperceptible* en el cuerpo físico terrenal, se te ha vuelto de pronto *perceptible*, y las cosas *físico-sensoriales* que hasta ahora llamabas el mundo «real» te serán —«aire vacío».

Si bien son relativamente pocos los que en un cuerpo terrenal han experimentado vivamente en sí mismos este estado —y que también lo experimentan en los tiempos presentes—, existen, ciertamente, muchos más de los que se supone. La mayoría de aquellos cuyas vivencias fueron tales las ocultan instintivamente ante los demás; sea por temor ante la incredulidad de sus semejantes y por esperar la «*maldición del ridículo*», o también por la preocupación de que la vivencia espiritual, sentida como una gracia especial, pudiera serles quitada, si no guardaran silencio.

Al principio no son de ninguna manera *elevadas* las regiones espirituales a las que se puede acceder a través de tales vivencias internas conscientes; no obstante, se ha alcanzado «*la otra orilla*», aun cuando quienes allí han despertado no estén capacitados aún para penetrar en el «*interior*» del «país» descubierto, o de escalar su elevada «*cordillera*».

Son contadísimos los que logran llegar hasta *allí* durante su vida terrenal; aquellos a quienes les fue confiada, en este lado *físico* del mundo causal, la antiquísima «*herencia*» de la oculta experiencia espiritual: los «altos Sacerdotes» de *nacimiento*, los «Maestros» del obrar velado y *espiritual*, y sus legítimos sucesores, *nacidos* como tales.

Aquello que para nosotros se transformó en un conocimiento vivencial, fruto de una experiencia consciente «del Más Allá», es lo que ahora se te dará a conocer aquí.

Vemos a diario y a cada hora a miles de seres humanos que entran *para siempre* en «la otra orilla» sin que podamos *ayudarlos*; ya que no aprendieron en sus vidas terrenales el Arte de morir y, así, llegan a ese «nuevo mundo» sin estar *preparados*, como náufragos a los que la tormenta arrojó a tierra...

Desorientados, van errando de acá para allá en esa nueva forma de existencia, extraña para ellos, y no están en condiciones de asir las manos que se les extienden para ayudarlos.

Aún carecen de todo discernimiento para saber si aquello que les sale al encuentro trae consigo peligro o ayuda; y, llenos de temor, retroceden espantados si alguien que *podría* guiarlos quisiera acercárseles...

Así continúan errando *solos*, siempre cerca de la «playa» del mar que —al menos para su sentir— los conecta aún con la parte *física* de la existencia abandonada. Hasta que, atraídos «magnéticamente», descubren una de esas pequeñas «regiones de la playa»: aquellas regiones *más bajas* de la parte espiritual del cosmos, imperceptibles para los sentidos terrenales, que corresponden a sus representaciones, anhelos y esperanzas en la vida física terrenal.

Luego se ilusionan con haber encontrado a su «cielo», en el cual creerán también todos los demás que allí encuentren.

Una vez que han llegado a ese estado, quedan aprisionados por su destino durante un tiempo largo e interminable.

Rara vez, y solo con grandes dificultades, logramos elevar y rescatar a un extraviado de su engañosa y autoelegida «salvación».

Mas, porque queremos enseñarles a evitar rodeos, y ya que el *Amor* eterno nos ordena obrar así, les enseñaremos el Arte del correcto morir.

Lo esencial de este Arte consiste en que *en todo momento* —en medio de planes de futuro e intensa actividad, en medio de una salud floreciente y renovadas fuerzas— uno se encuentre en una alegre serenidad y en una segura confianza, *predispuesto* a entrar para siempre en la «otra orilla», sin posibilidad de regreso...

Es un estado *emocional* lo que aquí se requiere.

Puede que esto no parezca fácil de alcanzar para todos; pero, ciertamente, nadie debe olvidar que este estado es la condición determinante para el correcto morir.

Aquel a quien las cosas de la vida física terrenal logran retener de tal modo que cree no poder prescindir de ellas —quien no puede imaginarse estado alguno en el que todos los objetivos del deseo terrenal resulten insignificantes— difícilmente aprenderá el Arte del correcto morir.

*Vivir* correctamente y con alegría en la Tierra, solo lo comprende el ser humano cuando logra producir en sí mismo de forma voluntaria —a diario y en todo momento— ese estado de disposición para morir, libre de todo temor y tristeza.

Él sabe que jamás *podrá* ser separado de aquello que aquí deba abandonar —aunque se trate de los seres más queridos o de aquellos más necesitados de cuidado—, a menos que sea él mismo quien *desee* la verdadera separación y la *provoque* mediante su voluntad.

Él sabe que permanece «aquí», en el mismo «lugar» cósmico, *más cerca aún* de los seres queridos de lo que pudo estarlo jamás en su envoltura terrenal.

Él sabe que, tras la muerte, ciertamente no se verá transformado a semejanza de los dioses, ni será en modo alguno terrenalmente «todopoderoso»; pero que sí será capaz de prestar a quienes necesiten de su ayuda un auxilio mucho mayor del que jamás pudo ser posible en la vida *física*.

Aquel que practica de esta manera el Arte de morir sabe que, en adelante, le será *fácil* morir de forma *verdadera y definitiva*, aun cuando la muerte le salga al encuentro de forma totalmente *inesperada*...

Que el *proceso físico* del morir resulte angustioso *únicamente para los espectadores* —y ello solo bajo ciertas circunstancias—, lo atestigua desde hace mucho tiempo la observación médica; pues el moribundo mismo *no* sufre por el hecho de morir, sino que los dolores de su eventual padecimiento solo los siente en tanto *aún no* ha muerto.

Mas aquí solo habremos de exponer de qué manera la *consciencia* de quien muere *sobrevive* al acto de morir.

Aun cuando el moribundo conserve la plena consciencia hasta el último instante, en el momento en que comienza el desprendimiento del organismo espiritual —unido hasta entonces al cuerpo terrenal— entra, no obstante, en una suerte de «sueño ligero»; un estado del cual la consciencia solo despertará de nuevo en sí misma una vez que la «muerte» se haya consumado por completo.

En el momento de este despertar —que acontece algunos segundos o minutos después de la «muerte» externamente verificable—, la persona se encuentra ya en su organismo *espiritual*, único transmisor de experiencia con el «otro lado» del mundo *causal*, perceptible únicamente *por vía espiritual*: la eterna «Realidad» que irradia desde sí misma hacia toda forma de existencia, tanto *espiritual* como *física*, conforme al modo de percepción.

La capacidad de percepción de quien ha muerto —condicionada hasta ese instante por sus sentidos *físicos*— es sustituida por una nueva forma de *percibir*, por lo común desconocida para él hasta entonces, si bien su *manera subjetiva de percibir* permanece al principio inalterada.

Él está muy lejos de considerarse muerto —ya que se percibe plenamente *consciente, con voluntad activa y capaz de percibir*—, si bien todavía no reconoce que son sus órganos *espirituales* los únicos que ahora le sirven.

Él no se siente de ningún modo «carente de forma», pues su cuerpo *físico* solo fue una *imagen* — más o menos consumada— del organismo *espiritual* configurado por su propia voluntad eterna — aunque esta permaneciera «inconsciente» para el conocimiento cerebral—; organismo que ahora la consciencia se ha vuelto capaz de *percibir*, si bien todavía no lo reconoce como algo *distinto* del cuerpo *físico*.

Así como el dolor físico cesa de inmediato cuando un miembro doliente del cuerpo terrenal se vuelve insensible mediante medicamentos adecuados, del mismo modo los dolores físicos que tal vez sufra un moribundo poco antes de su muerte desaparecen por completo en el instante del despertar en el «Más Allá»; pues el cuerpo físico —donde reside la *causa* de la sensación de dolor— queda *separado* para siempre del organismo *espiritual*, que ahora *solo* se percibe a sí mismo.

Pero aún resta un cierto vínculo «*flúidico*» a través de invisibles y sutiles irradiaciones del cuerpo físico, las cuales resultan sensibles también para el organismo espiritual; *este* nexo es la causa de que aquel que ha despertado en el Más Allá perciba *espiritualmente* ciertos sucesos en la cercanía del cadáver, aun cuando estos acontezcan en el mundo *físico*.

De este modo, él percibe ahora «en el Más Allá» la influencia «flúidica» de la contra-irradiación de las personas que rodean su abandonado cuerpo terrenal; siente el «*valor emocional*» tanto de sus «*contactos*» como de sus *palabras* y mantiene todavía —al igual que un ciego— una representación bastante fiel del espacio externo que ha dejado atrás, si bien persiste aún la ilusión de que dicho espacio es percibido a través de los sentidos *físicos*.

Estas últimas relaciones con el lado *físico-sensorial* del mundo causal se conservan por un tiempo más, si bien el cadáver hace ya tiempo que se ha enfriado; pero, aun cuando se puedan seguir sintiendo, estas pierden fuerza hora tras hora, y la capacidad de percepción cesa por completo apenas se manifiestan los primeros signos de descomposición.

A quienes se escandalizan ante la incineración de cadáveres —o creen aún que por ello los muertos pudieran ser «dañados» en su vida en el Más Allá—, sería oportuno decirles que, transcurrido el tiempo que la normativa civil establece antes de la sepultura, ya ha cesado hace tiempo todo nexo perceptivo entre el organismo espiritual del difunto y el que fuera su cuerpo terrenal.

Sin embargo, allí donde el fuego haya sido la *causa* del deceso —del mismo modo que ante cualquier *otra* forma de muerte—, el dolor *solo* se experimenta hasta que sobreviene la pérdida de la consciencia ligada al organismo *físico*; puesto que, tras el «despertar» en el Más Allá, *toda* relación con la anterior forma terrenal se extingue debido a la rápida desintegración provocada por el *fuego*.

Lo que *no* se extingue es la consciencia de su propia *presencia*, captada ahora a través del organismo *espiritual*, así como la clara visión y el reconocimiento de todos los seres humanos físicamente presentes en sus formas *espirituales*; las cuales —prescindiendo de los impedimentos físicos de su manifestación en la Tierra— *sí concuerdan* plenamente con las formas *terrenales*.

A aquellos difuntos cuya consciencia —durante sus días en la Tierra— apenas se elevó por encima de la región de la existencia físico-animal, el nuevo estado suele engañarlos de tal modo que, incluso mucho tiempo después de su muerte terrenal, no advierten que ya no habitan su cuerpo físico.

Se imaginan a sí mismos simplemente como «restablecidos», dado que el anterior origen causal de sus sufrimientos ha dejado de existir.

Al principio —sumidos todavía en una suerte de ensoñación imaginaria de su experiencia terrenal—, la percepción de la forma *espiritual* de sus allegados se mezcla con las imágenes que su propia fantasía proyecta, por lo que no logran comprender por qué aquellos guardan luto por su causa.

A menudo intentan entonces, con todas sus fuerzas, convencer a quienes están de luto en la existencia física de que no existe motivo alguno para tal pesar; mas este esfuerzo —en medio de la conmoción del dolor— no es percibido por aquellos que han quedado atrás en el mundo físico.

Una vez que el difunto reconoce su impotencia ante la incomprensión de sus parientes y amigos, descubre de repente que ya no está sujeto a un cuerpo *físico*; es entonces cuando despierta de su propio sueño autoinducido.

Solo en ese momento comienza realmente a «aprender a ver», y sus ojos espirituales se abren ante la nueva dimensión *espiritual* del mundo causal, cuyo ámbito de percepción *físico-sensorial* ha abandonado sin haber cambiado su «lugar» cósmico.

Aquí comienza entonces —para aquellos que no practicaron el «*Arte de morir*» durante sus días terrenales— el error *espiritual*; ya que el organismo espiritual de un ser humano no se elevará en absoluto, por el solo hecho de la muerte, por encima de la seguridad en el conocimiento consolidado hasta ese momento.

Ciertamente, allí mismo se encuentran cerca Auxiliadores bondadosos, mas no serán *reconocidos* como tales.

Por el contrario, serán *rechazados* por el difunto con total determinación y seguridad en sí mismo —encasillado aún en sus opiniones físico-terrenales—, de tal modo que ellos quedan impedidos de ofrecerle cualquier tipo de ayuda.

El convencimiento de haber alcanzado realmente la vida en el «Más Allá» despierta también, más de una vez, una presunción ilimitada que fortalece aún más en sus ofuscaciones a quienes se ven afectados por ella.

Aquel que estuvo completamente atado a lo terrenal —o que por sus preocupaciones dependió en exceso de las cosas y de las personas a las cuales ya no *podrá* regresar *físicamente*— se verá invadido, ante la evidencia de tal imposibilidad, por una angustiada desesperación. Esta es una crisis que primero tendrá que superar antes de hallarse capacitado para *reconocer* sus *nuevas* posibilidades de acción frente al mundo terrenal, las cuales ahora son de naturaleza puramente *espiritual*.

Pero aquellos que en la vida física estuvieron absortos por completo en el intento de concretar terrenalmente una «idea» —y en las representaciones generadas por dicho intento— pierden muy pronto casi todo interés por el mundo físico abandonado.

Ahora solo buscan una oportunidad, en su *nueva* esfera de vida, para poder *realizar* su «idea», y permanecen como ciegos frente a todas las nuevas posibilidades vivenciales.

Otros, en cambio, buscan la «bienaventuranza» que les fuera prometida y que esperaban confiadamente; estos quedan muy asombrados al no encontrarla *enseguida* en el «Más Allá» ni en la forma en que la *ensoñaron* tan bellamente en la Tierra.

Para todos aquellos absortos en sí mismos y en las imágenes de la vida que trajeron consigo, habrá finalmente una suerte de concreción de sus deseos en el momento en que alcancen una de aquellas regiones espirituales inferiores, de las cuales ya eran sus creadores inconscientes mientras habitaban la Tierra...

Este tránsito no es tampoco un «cambio de lugar», ya que *todos* los mundos espirituales —de los cuales existen *incontables*, hasta el más elevado y puro mundo del Espíritu— se encuentran en el mismo «lugar» cósmico, compenetrándose unos con otros.

La vivencia consciente de los mundos espirituales, así como el tránsito de uno a otro, depende siempre de una transformación de la percepción que vuelve «ciega» a la consciencia espiritual ante determinadas manifestaciones, mientras que ante otras la vuelve, por así decirlo, «vidente».

Sin embargo, esta transformación de la percepción no puede *provocarse de forma arbitraria*; solo pueden hacerlo los Maestros de la eterna manifestación del ser humano en el *más elevado* reino espiritual o sus enviados —sus discípulos selectos—, en tanto que la propia disposición psicofísica de estos sea idónea para ello.

No obstante, *todo* ser humano —aun cuando *no* pertenezca a los pocos aquí designados— puede ciertamente buscar *familiarizarse, a través de la representación*, con los sentimientos, sensaciones

y estados de consciencia que, en consonancia con las explicaciones que aquí brindamos, le aguardan tras la muerte del cuerpo terrenal.

Dejo de lado la objeción de que tal incitación a la capacidad de representación requerida solo podría producir «*imágenes*» que de ningún modo conduzcan a una vivencia de la *verdadera* existencia posterrenal.

Por ello mismo, exijo ciertamente que, al configurar las representaciones aquí necesarias, se atenga *rigurosamente* a la exposición de este libro. Pues, si bien a *muy pocos* les es dado conocer conscientemente la región posterrenal *durante su existencia en la Tierra*, a *todo* ser humano le es posible experimentar anticipadamente —mediante la activación de imágenes que correspondan a la Realidad— *los sentimientos, sensaciones y estados de consciencia* que le aguardan tras la muerte física.

¡Sin embargo, es necesario *experimentar* frecuentemente *por anticipado* si se quiere estar seguro de que, tras la separación de la consciencia respecto al modo de percepción *físico-sensorial*, uno sabrá orientarse allí y, sobre todo, reconocer qué debe *buscar* y qué debe *evitar*!

Solo quien logre consolidar tal seguridad *durante su existencia terrenal* descubrirá —tras el tránsito hacia la nueva forma de percepción puramente *espiritual-sensorial*— las manos que se le extenderán en señal de ayuda, y sabrá asirlas con total confianza...

¡A él podemos ayudarlo!

Él supo «aprender» el Arte de morir ya durante sus días terrenales, y su confianza en nuestra enseñanza permitió madurar en él toda la capacidad de reconocimiento que ahora requiere.

¡De aquí en adelante está protegido frente a toda decepción y desilusión!

A él le guiamos —transitando por las diversas «regiones de la costa» creadas por las fantasías y fascinaciones terrenales mediante una voluntad erróneamente dirigida— hacia el «*interior*» de la

«región» en la que se ha adentrado, donde una conducción bondadosa lo acerca más y más a su perfeccionamiento.

¡Por el hecho de haber renunciado a su cuerpo terrenal, no se ha convertido en absoluto en *alguien* «distinto»!

A él no se le puede otorgar *de repente* lo que aún le falta.

Solo lo que ya supo *lograr en la Tierra* lo trae consigo como posesión.

Lo que en la Tierra logró *unir*, permanece para él «unido» también en la vida espiritual-sensorial; y lo que en su existencia terrenal logró *desunir*, permanece ahora igualmente «desunido».

Solo *gradualmente* se le podrá guiar hacia lo alto, hasta que un día se halle capacitado para entrar en el más sublime de todos los reinos espirituales —el puro *mundo de luz* de la más dichosa y absoluta *realización*.

Los «tiempos» necesarios para este ascenso están determinados por el grado de perfeccionamiento espiritual relativo alcanzado en la Tierra y por la madurez de la *voluntad* eterna, la cual se consolida mediante dicho perfeccionamiento en la sensibilidad de su propia consciencia.

El «morir» —el paso de la forma de experiencia *terrenal* a la percepción *espiritual*-sensorial— se produce ciertamente *sin* que medie tu intención; y aquello que te aguarda en el «Más Allá» estará allí, aun cuando *no* creas en su existencia.

Sin embargo, a tu *voluntad* eterna se le otorga un gran *poder*, ya que estás capacitado —a través del trabajo previo en este lado del mundo *físicamente* perceptible— para determinar esencialmente todo tu destino posterior.

La *condición* evidente para ello es un *cambio hacia una conducta de vida* responsable y consciente, orientada siempre hacia la elevada meta espiritual que solo es alcanzable mediante el *amor* desinteresado hacia todo lo viviente.

En la «otra parte» del mundo —allá donde solo se percibe con los sentidos *espirituales*— no impera únicamente la «gloria de los bienaventurados».

Ciertamente, existen allí también reinos de *angustia y desesperación*, de *arrepentimiento consumado* y de un *deseo de autodestrucción* que, sin embargo, jamás logra satisfacerse...

Por *estos* reinos deben cruzar de forma inevitable todos aquellos que en la Tierra no hayan cumplido con la ley que exige de cada ser humano el *amor* hacia sí mismo y hacia sus semejantes.

¡Ese «amor» está *muy* alejado de toda clase de sentimentalismo entusiástico y de toda exaltación de sentimientos!

Este *amor*, requerido por la ley espiritual, constituye ante todo la más alta y vigorosa *autoafirmación del ser*, así como la *afirmación de todo lo existente*. El ser humano imbuido de tal amor percibe, tanto en sí mismo como en todo lo que le rodea, únicamente lo *positivo*—*aquello que el Espíritu requiere*—; aun cuando también se vea obligado a *defenderse* con firmeza de las fuerzas *negativas* que actúan en la misma manifestación.

La transgresión *más grave* contra la ley espiritual que aquí se expone la cometen todos aquellos que, en la Tierra, disponen arbitrariamente de su propia vida corporal a fin de evadirse cobardemente —por el motivo que fuere— de la existencia terrenal y de sus exigencias.

Semejante acto es, además, *insensato y contraproducente*, pues en lugar de la liberación buscada, aquel que por mano propia se despoja de su existencia terrenal halla una atadura mil veces más agónica en estados de consciencia verdaderamente indeseados, de los cuales no podrá escapar durante eones.

Existe un cierto consuelo para quienes han quedado atrás: el hecho de que la mayoría de los actos de autodestrucción son cometidos por individuos cuyas consciencias, en el momento decisivo, se hallaban mórbidamente ensombrecidas. Así, el terrible gesto de negación acontece en un estado que bien puede describirse como un *brote espontáneo de locura*, aun cuando tal estado se haya ido gestando largamente a través de un «*juego*» irresponsable con la idea de destruir el cuerpo.

En verdad, asesino y víctima se han «*manifestado*» en tales casos en *una* sola persona; sin embargo, el acto es obra de un *pensamiento* que cobró un poder excesivo: un pensamiento al que la propia víctima insufló vida con sus fuerzas hasta que, finalmente, terminó por devorarla.

En tal caso, el destructor de su cuerpo terrenal no carga con la responsabilidad por el acto de *muerte* en sí, sino que la ley espiritual exige de él una *compensación por el pensamiento y el obrar erróneos* que terminaron precipitando el estallido de locura.

Esta compensación consiste, la mayoría de las veces, en tener que soportar una segunda inserción en el organismo humano-animal de la Tierra.

Se trata aquí de uno de aquellos *casos excepcionales* en los que únicamente la llamada «reencarnación» se contempla como una *posibilidad*, mientras que, en el transcurso regular de la vida humana terrenal —precisamente por haberse completado dicho ciclo—, esta resulta imposible de una vez por todas.

Y si bien es de enorme importancia utilizar la vida terrenal para la preparación de los estados de consciencia posterrenales, no debes, en absoluto, creer que para asegurar tu «salvación» debas llevar en la Tierra la vida temerosa y preocupada de un pusilánime «santo» —uno de esos egoístas de corazón que se aterran ante cada «pecado» pero que, regocijándose internamente, creen con certeza en la «condenación de este mundo maligno».

Semejante *postura* ante la vida solo te permitirá alcanzar un día, con toda seguridad, una de esas engañosas «regiones de la costa» del Espíritu que la locura humana ha configurado sin reconocerse como autora.

Una vida dedicada al fiel *cumplimiento del deber*, colmada de *amor* hacia todo lo viviente y de aspiraciones hacia la bondad y la veracidad; una vida que busque el *orden* en el *gobierno de tu voluntad* y el *ennoblecimiento de tus alegrías* —una existencia llena de *fé* jubilosa en la realización definitiva de tu anhelo más alto y purificado—, será en todo momento la *mejor vida* para ti en la

Tierra, especialmente si, al mismo tiempo, te empeñas en aprender *aquello* que en este tratado he llamado «*el Arte de morir*».

Existe, ciertamente, otro elevado camino espiritual del cual ya hablé en otra ocasión, mas antes de haber logrado dar forma a tu vida —tal como mi consejo aquí te enseña a configurarla—, difícilmente podrás progresar por tal senda...

Quien quiera adentrarse en este camino debe hallarse libre de todo lo que pudiera impedir su seguro andar.

¡La «pusilanimidad» derrotista es tan reprobable como el gesto hueco de «negación del mundo»!

No a todos se les presenta el camino transitable por el cual el ser humano puede lograr que su «*Dios*» nazca en su interior; no obstante, cada cual debería, al menos, *conocer* su existencia. Todos deberían prepararse ya aquí, en la Tierra, para —de ser posible— llegar también a recorrerlo.

A muchos quizá les falte aún la fortaleza y la constancia allí requeridas; mas las *fuerzas* espirituales crecen *mediante su ejercicio*, y la *perseverancia* solo les es concedida a quienes consagran todo su *amor* a una tarea.

Todo lo que en este lado *físicamente* perceptible de la Tierra se piense, se sienta y se obre, ejerce un efecto constante hacia el mundo del «*Más Allá*».

Los frutos de todas las obras que el ser humano hace surgir *aquí en lo terrenal* le son conservados, mucho más allá de la muerte, aun cuando sus obras en la Tierra solo sirvan a fines *físicos*.

*Estableciendo la responsabilidad moral como premisa*, todo tu obrar aquí en lo terrenal no depende de lo *que* hagas, sino de *cómo* lo hagas.

La tarea más humilde aquí en la Tierra puede hacer afluir en ti fuerzas insospechadas para tu vida posterior en el lado *espiritual* del mundo, si tan solo llevas a cabo lo que te ha sido encomendado

*con el más fiel cumplimiento del deber*, con alegría y con todas tus fuerzas, como si la existencia de todo el universo dependiera únicamente de la bondad de tu labor...

¡De *ti mismo*, eres única y exclusivamente *tú* el responsable!

En todo lo que piensas o haces —en todo lo que impulsas en este lado experimental del mundo *físico-sensorial*—, eres siempre tú el involuntario creador de tu futuro destino en el mundo de percepción espiritual-sensorial.

Lo que aquí en la Tierra llamas tu «*destino*» es tan solo un *fragmento* ridículamente pequeño de un *Todo* inconmensurable; y cuando aquí riñes con tu destino —aun cuando tu descontento humano sea muy comprensible y, ciertamente, también *disculpable*—, te asemejas, no obstante, a un niño que neciamente reclama cosas que todavía no se le *pueden* dar porque le habrían de *dañar*, mientras que, *más tarde*, lo requerido estará a su disposición *en plena abundancia*...

Solo entonces, cuando alcances un nivel *más elevado* del mundo espiritual, podrás *comprender* tu destino y sonreirás pensando en tus juicios pasados.

Entonces verás que tus mejores motivos de comprensión intelectual, que una y otra vez te sedujeron, fueron asimismo otras tantas *necedades*; pues pretendiste, ya desde el filamento de la raíz que tus manos excavaron de la oscura Tierra, inferir la belleza de la flor y el dulce sabor del fruto.

Solo aquel que sabe liberarse por sí mismo de las restrictivas imágenes mentales que se le fueron formando forzosamente desde su modo de percepción *físico-sensorial*, podrá también entrever paulatinamente un poco del inconmensurable Todo en el cual está enraizado, y al que jamás podrá acercarse por medio del mero entendimiento *físico-sensorial*...

No fue una frase vana cuando antaño un sabio, casi abrumado por el resplandor de lo contemplado, halló estas palabras:

*«Ojo no vio, ni oído oyó, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman»<sup>1</sup>.*

¡«Amar a Dios» significa «amar» toda *dificultad* y todo *dolor* de la Tierra y *aceptarlos* con tal *voluntad* como si uno mismo los hubiera *deseado* y *buscado* exactamente así, tal como entran en nuestra vida!

¡«Amar a Dios» significa amar la Tierra y *todo lo que en ella vive*, tal como es, aunque sea *contrario* a nuestros *deseos*!

¡«Amar a Dios» significa amarse *a sí mismo* y, *por amor a uno mismo*, aceptar con alegría cada carga que se nos da para llevar en el largo y arduo camino que, del error y la confusión, nos conduce finalmente hacia *nosotros mismos*, tal como somos *eternamente en Dios*!

Tras todo esto, habrás de saber entonces de qué modo honrar mejor a tus «*muertos*» —aquellos que en otro tiempo te fueron cercanos aquí en la vida terrenal y que hoy, tanto como ayer, siguen *existiendo*, solo que ahora están sustraídos a tu *capacidad de percepción físico-sensorial*...

Ahora sabrás cómo puedes seguir *ayudándoles* y cómo *obtener* de ellos ayuda cuando *tú mismo* la necesites.

¡Es verdaderamente un error de partida construir un «*círculo espiritista*» con el fin de ponerse en contacto con quienes han partido de la Tierra!

Aun suponiendo la honestidad de todos los partícipes y la seguridad frente a todo engaño, incluso *inconsciente*, estos poseen ciertamente *un conocimiento demasiado escaso* de las fuerzas que se

---

<sup>1</sup> Cf. «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, Ni han subido en corazón de hombre, Son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Corintios 2:9, RVR).

manifiestan en tales «sesiones», por lo que no estarían en condiciones de reconocer a los *verdaderos* autores de los fenómenos.

¡Ni siquiera cuando rechazan toda creencia preconcebida con el fin de investigar si hay algo de verdad en el fenómeno!

Las fuerzas que actúan en las *auténticas* manifestaciones espiritistas están *llenas de mentira, capricho y engaño* —siempre listas para *hacerse notar* con la ayuda de su propia fuerza —, pero están muy lejos de convertirse en objetos de investigación voluntarios...

Quedan aquí, por supuesto, *fuera* de consideración las múltiples *posibilidades de fraude* por parte de «*médiums*» y *participantes de las sesiones*.

Las manifestaciones en las que se cree ver la operación de fuerzas «del Más Allá» no son otra cosa —una vez descartado el fraude terrenal— que el juego de seres invisibles provenientes de una región del mundo *físico* todavía casi desconocida.

Para los verdaderamente «*despiertos*» en el Espíritu —quienes, al ser conscientes del Más Allá, ya pueden ser considerados entre los «*trascendidos*» aun cuando vivan en un cuerpo terrenal en el lado perceptible del mundo *físico*—, es ciertamente *posible*, en casos aislados, *valerse* de los seres aquí mencionados, tal como uno se sirve de cualquier fuerza accesible. No obstante, a ninguno de estos despiertos se le ocurriría jamás brindar entretenimiento a los participantes de una sesión espiritista, ni hacer «interesantes» los intentos de un experimentador...

Incluso allí donde se tenga la impresión de estar tratando «indudablemente» con la entelequia de un antepasado humano, el peligro de *engaño* por parte de los lémures supera con creces toda posibilidad de una comunicación *auténtica*. Por ello, no se puede dejar de *advertir* insistentemente en contra de tomar ese camino que conduce a *cualquier* tipo de manifestación «espiritista».

Quien aquí les advierte conoce todas las posibles manifestaciones en el terreno «espiritista» por experiencia propia, sólida y extensa.

Él conoce, asimismo, aquel invisible mundo físico intermedio que constituye el ámbito vital de las supuestas «apariciones espiritistas»; sabe cómo *valerse* de esos seres y de sus fuerzas, del mismo modo en que se hace uso de un caballo o de un perro rastreador cuando las circunstancias lo exigen.

A aquel que está espiritualmente autorizado para ello, estos seres le sirven con sus fuerzas siempre que sea necesario, sin necesidad alguna de recurrir a un «médium» ni de celebrar «sesiones de espiritismo».

Él se adentra en las regiones de estos seres intermedios con la misma seguridad con que se desliza conscientemente por los mundos puramente *espirituales*.

Ciertamente, *no es nada* agradable acercarse a estos seres. Ninguno de quienes pueden servirse de ellos a voluntad lo hará jamás *sin que medie una urgencia*, pues siempre tendrá que superar una profunda sensación de *repugnancia*.

Son estos seres —comparables de algún modo a las medusas de los mares del sur, aunque a diferencia de ellas no son *físicamente* perceptibles— y sus *fuerzas* (que, no obstante, son puramente *físicas*) con los que mayormente se entra en contacto mientras se cree estar en comunión con los «seres queridos fallecidos». Esto ocurre a menos que sean *las propias* fuerzas —aquellas de las que no se tiene consciencia y que pertenecen a la misma región de estas criaturas invisibles— las que provoquen por sí solas las manifestaciones, de modo que, sin saberlo, se termine representando ante uno mismo un teatro de espíritus...

Por el bien de la propia alma y del cuerpo, ese autoengaño no reconocido es siempre *mucho menos* funesto que las conexiones *reales* con los lémures aquí descritos, quienes absorben las fuerzas como sanguijuelas, pues solo con la ayuda de la energía así extraída son capaces de producir los supuestos «milagros» en las «sesiones espiritistas».

Incluso el investigador más libre de prejuicios, que se aproxima a estas apariciones *meramente como observador*, no se encuentra de ningún modo a salvo de la fuerza de los tentáculos de los pólipos que, desde lo invisible, lo envuelven.

Por más que crea estar «por encima de la situación», sus fuerzas más recónditas le serán inevitablemente arrebatadas sin que llegue siquiera a sospechar del abuso que los parásitos invisibles de su «médium» cometen con él al cautivar su interés.

La verdadera «comunicación» —el único vínculo *seguro* con aquellos que se nos «adelantaron» en el «Más Allá»— tiene lugar únicamente *en lo más íntimo*, en el «alma», y se manifiesta de forma puramente *espiritual*.

¡El propio «*cuerpo*» *espiritual* es el órgano para percibir a aquellos que se consideran «muertos»!

Cada *pensamiento* «profundamente sentido», cada *sentimiento* que compenetre el ser por completo, es percibido «en el otro lado» tal como sucede con la palabra hablada en este mundo *físico-sensorial*.

Del mismo modo, es posible percibir —si «en el silencio» son lo suficientemente sensibles para ello— las manifestaciones de quienes ya habitan en el lado *espiritual* del mundo. Estas se presentan como *pensamientos* sutiles y como *sentimientos* que, cual si provinieran del exterior, penetran en la consciencia; los cuales, tras cierta práctica en el discernimiento, pueden distinguirse con total seguridad de los pensamientos y sentimientos «*propios*».

Sin embargo, incluso *más allá* de lo que pueda llegar a la *consciencia*, existe un influjo *subconsciente* permanente; de tal modo que, con frecuencia son —en un sentido *mucho más veraz*— los «médiums» de alguien que se ha adelantado. Esto es algo que un denominado «médium espiritista» jamás *podría* llegar a ser, aun cuando los habitantes del «Más Allá» *quisieran* valerse de él...

Si estuvieran acostumbrados a observar los acontecimientos cotidianos de sus vidas con los sentidos despiertos, pero prestando atención a lo misterioso, verían también con frecuencia que actúan según el deseo de alguien «fallecido», tal como el difunto lo habría querido de vivir aún en la manifestación *física* perceptible, aun cuando no existiera la menor *intención* consciente de actuar así.

Por otra parte, también les daría ciertamente que pensar el hecho de que, con bastante frecuencia, suceda algo por parte de completos extraños que bien puede considerarse el cumplimiento definitivo de un deseo que alguien ya fallecido albergó ardientemente durante su vida terrenal, pero que en aquel entonces le quedó sin cumplir.

Ciertamente, todo esto es mucho menos vistoso que una mesa danzante o flotante cuyas patas golpean «mensajes», o que esas formas «materializadas» en las que —hipnóticamente fascinados y sin consciencia de ello— creen reconocer y oyen hablar «con toda seguridad» a un fallecido, a pesar de que lo que se presenta ante uno no es sino una suerte de maniquí «astral».

Si bien se toman prestados los rasgos externos de la previa presencia terrenal del difunto —e incluso su vestimenta— para celebrar su aparente resurrección, lo cierto es que a través de tal espantajo habla un ser que los llenaría de *espanto* si pudieran verlo de pronto a su lado en su forma *real*, libre de todo enmascaramiento.

Quienes jamás han presenciado fenómenos espiritistas *auténticos* y verdaderamente notables difícilmente podrán comprender que tales hechos deban ser tomados en serio; pero, lamentablemente, ello no impide que el denominado «espiritismo» cuente con millones de seguidores —tanto ocultos como declarados— y atraiga sin cesar a nuevos «convertidos» a su círculo hipnótico.

Una vasta literatura sobre teorías y prácticas espiritistas —en parte fantástica y en parte seudocientífica— halla continuamente lectores febriles, y en lo que respecta a los creyentes, ningún conocimiento científico adquirido en otros terrenos los protege en absoluto frente al engaño más burdo. Esto ocurre, especialmente, cuando un fallecimiento despierta el *anhelo* ardiente de volver a estar, de algún modo, en contacto con el ser querido...

El birrete doctoral no ofrece aislamiento suficiente contra las influencias hipnóticas provenientes desde lo invisible, y los talarés, ganados con títulos académicos, resultan lamentablemente tan traslúcidos como telas de araña para las trompas de los invisibles moluscos físicos.

Por todos estos motivos, esta advertencia no debería ser considerada innecesaria.

Todo el cosmos *físico y espiritual* es un *Todo unificado*, aun cuando este Todo se manifieste en *muy diferentes aspectos*.

La verdadera *Realidad* que se encuentra detrás de los aspectos fue y es siempre manifestada solo a *muy pocos*.

Ella se aleja tanto de lo experimental como del pensamiento especulativo.

En el lado *físico-sensorial*, así como en el lado *espiritual* del universo, existen respectivamente las más diversas variaciones en el *modo de percepción*, y todas estas formas que llegan a la consciencia se presentan ante ella con la misma pretensión de querer ser *«lo real»*.

Los seres que se vivencian en el universo ven, en su gran mayoría, solo *partes* de la Realidad, e incluso esas partes, solo *como una inconsciente remodelación de creación propia*.

Así también, la vida después de la «muerte» del cuerpo físico está determinada por un *cambio en el modo de percepción*.

Se sentirá y experimentará la misma *Realidad* —pero solo en el modo de percepción *espiritual*—, ya que los sentidos *físicos*, con la extinción de las funciones vitales regulares del cuerpo terrenal, dejan de ser órganos de percepción útiles para la experiencia.

Sin embargo, la vida es perceptible por los sentidos en *todas* sus regiones, aun cuando la *forma* de los órganos sensoriales sea muy diferente.

«Morir» es, para el ser humano terrenal, solo un fenómeno que lo conduce *forzosamente* a aprender el uso *consciente* de los sentidos que, hasta entonces, permanecían ocultos en el *inconsciente*...

Estos sentidos espirituales ya están *presentes* durante la vida terrenal, y son la causa de que el ser humano —a través de los sentidos perceptivos de su cuerpo animal— pueda percibir impresiones que los animales, incluso en los niveles más altos, no pueden *experimentar*, aun cuando la precisión de los sentidos físicos de estos pueda superar a la del ser humano.

*Solo en casos relativamente raros es posible que los sentidos del «cuerpo» espiritual en el ser humano se abran ya durante esta vida terrenal, si bien la facultad de poder utilizar los órganos sensoriales espirituales jamás acontece súbitamente, sino siempre en forma de un gradual «ir despertando», que puede ser suavemente impulsado, pero de ninguna manera forzado a través de medios arbitrarios.*

Quien, en su vida *físico-sensorial*, despierte también al uso de sus sentidos *espirituales*, verá los diversos «mundos» inferiores de la única *Realidad primordial* como «intercalados» unos en otros, de tal modo que, con frecuencia, le podrá resultar difícil diferenciar de momento qué corresponde a las regiones de lo *físico* y qué a los reinos de los mundos sensoriales *espirituales*.

Solo los muy pocos seres humanos a quienes también se les ha abierto, desde su interior, *el mundo de las causas* —la «cosa en sí»— perciben al mismo tiempo la única *Realidad* causal, a través de la cual todos los mundos *espirituales*, así como todos los mundos *físico-sensoriales*, han sido originados.

¡Esta *Realidad primordial* es *el fondo primordial de toda vida*, sea que esta se presente para la experiencia sensorial y la vivencia propia en forma *espiritual* o en forma *física*!

Sin embargo, el «ser humano» —independientemente de si se vivencia en la forma de manifestación *espiritual* o en el *cuerpo animal terrenal*— es visto en la eterna *Realidad* como:

*Vida eterna en una forma capacitada para vivenciar individual y conscientemente.*

Determinado por el modo de percepción *físico-sensorial* aquí en la Tierra, le resulta ciertamente difícil a la vida eterna —confinada únicamente a una forma animal— percibirse como una entidad individual y, al mismo tiempo, como punto de concentración de un Todo inconmensurable; un Todo que no conoce en sí mismo brecha ni separación alguna, aunque se comprenda en un infinito despliegue de aspectos.

La representación mental ligada a lo terrenal depende demasiado de la *apariencia visual*, la cual solo reconoce lo *individual* como algo *separado* de lo demás.

En el *modo de percepción* espiritual, sin embargo, la individualidad es una *manifestación eterna* dentro del Todo inseparable, el cual no conoce *escisión* interna, sino que se *expresa en su propia unidad múltiple*.

Es siempre *la vida entera e indivisible* la que se experimenta a sí misma *en cada una* de sus infinitas autoconfiguraciones individuales, bajo un aspecto determinado y único...

EL MUNDO DEL ESPÍRITU  
Y  
EL TEMPLO DE LA ETERNIDAD

Nosotros, que compartimos esta vida terrenal y al mismo tiempo les hacemos llegar el conocimiento del *Espíritu*, vivimos verdaderamente en un mundo *distinto* del suyo, a pesar de tener también los pies bien firmes en esta Tierra.

Puede que les parezca que estamos demasiado alejados y, sin embargo, nadie podría estarles más cerca.

Es cierto que no vivimos solo en su mundo, sino también en el eterno reino del puro *Espíritu* esencial, pero su mundo también está *penetrado* por ese eterno reino espiritual, tal como una esponja que crece en el mar es penetrada por el agua marina...

Ciertamente, no les es posible percibir, *mediante los sentidos terrenales*, el puro mundo espiritual esencial en el cual nosotros vivimos *en el Espíritu*.

¡Primero habrán de ser *capaces* de percibir *espiritualmente*, si pretenden *vivenciar* lo espiritual!

Asimismo, deberán *superar* primero todos los mundos espirituales *inferiores* antes de alcanzar el reino *interno*, desde donde el conocimiento fluye hacia su encuentro y los alcanza...

Muchos nos buscan y creen estar ya *espiritualmente unificados con nosotros* por el solo hecho de habernos visitado en nuestras moradas humanas en la Tierra. Pero, aun cuando realmente nos *encuentren* aquí, de ningún modo habrán llegado a estar «más cerca».

Ellos solo ven nuestro cuerpo terrenal y oyen nuestra voz humana y, en el mejor de los casos, meramente perciben la superficie más externa de nuestra existencia física.

Mas *no* pueden entrar en nuestro «*templo*», pues este se halla en el lado *espiritual* del mundo causal y *no*, ciertamente, «en las laderas del Himalaya».

Allá, en los ocultos páramos de la más elevada cordillera terrenal, viven desde tiempos inmemoriales, solo algunos de nuestros Hermanos de la correspondiente generación; hombres que han superado toda posible grandeza en la Tierra y ahora permanecen en un aislamiento inaccesible.

Su propósito es mantener el sendero siempre libre de obstáculos, para que nosotros —quienes obramos en la vida mundana— podamos transitarlo y cumplir así la tarea que nos ha sido encomendada...

**Durante milenios hemos edificado nuestro templo espiritual y continuamos alzándolo sin cesar, sin llegar jamás a concluir su obra por completo.**

Cada siglo se nos permite añadir nuevas capillas y altares, columnas y pilares, conforme a un ritmo determinado en el Espíritu y a un sabio plan preestablecido que yace en los cimientos mismos del templo.

Todos los templos y altares de la Tierra son solo *reflejos* de este Templo formado espiritualmente.

Más o menos nítidos, más o menos distorsionados, en todos sus reflejos terrenales puede reconocerse aquello que los antiguos Maestros constructores presintieron y, en tanto fueron auténticos *artistas*, contemplaron en una elevada intuición: la justa medida y la ornamentación de nuestro sublime *Templo de la Eternidad*.

¡Sin embargo, este templo no es una obra del *pensamiento*, y de ninguna manera hablo aquí solo en sentido *simbólico*!

Existe, más bien, como una construcción siempre perceptible de forma espiritual-sensorial, formada de sustancia *espiritual* que es reconocida por entidades de percepción *espiritual* como una estructura firme, tal como se reconocen los templos de la Tierra y las catedrales terrenales que se elevan hacia el cielo...

¡En el mundo espiritual todo se experimenta de forma tan «palpable» y «real» como en el mundo de los sentidos físicos, y es un error profundo suponer que allí solo habrían de hallarse nebulosas ensoñaciones!

¡No se trata aquí de visiones, alucinaciones ni representaciones autoelaboradas, como tampoco del afloramiento de imágenes formadas a partir de experiencias propias que emergen de las regiones del subconsciente!

Lo que se percibe a través de los sentidos *espirituales* se presenta con el *mismo* grado de «objetividad» que aquello que los sentidos *físicos* del *cuerpo terrenal* pueden captar. Por este motivo, lo percibido de forma *espiritual y sensorial* —incluso en el más *elevado* nivel de automanifestación espiritual— corresponde «objetivamente» a las formas del modo de percepción del mundo *físico-sensorial*, si bien bajo una modificación condicionada por el Espíritu.

También en el mundo *espiritual* existen «tierras y mares», abismos profundos y altas montañas, picos de nieve eterna y vastos valles silenciosos, colmados de armonía y paz...

A quien esto le parezca «demasiado terrenal», debe tener presente que también aquí en la Tierra las percepciones *físico-sensoriales* derivan meramente de determinadas *impresiones*, las cuales son producidas por medios externos. Pero, además, ha de observarse que siempre se trata de efectos de ciertas *energías*, captados de forma *físico-sensorial*, de modo que, con todos los *nombres* que se dan a las cosas, en rigor, solo se definen *complejos de impresiones individuales percibidas estereoscópicamente*.

Así, por ejemplo, el ojo capta el estímulo del *blanco*; la mano siente el *frío* y *una cierta consistencia* en la masa tocada; el oído percibe el *crujido* al caminar sobre esa misma sustancia. A este complejo de percepciones —al cual pueden añadirse otras, como la sensación del suave derretimiento o la forma de cristalización de cada «copo»— se lo denomina «nieve».

A fin de producir la percepción *físico-sensorial* de este complejo de impresiones, resultan necesarios, ciertamente, generadores *físicos*; por el contrario, ese mismo complejo de impresiones *solo* es perceptible para los sentidos espirituales cuando diversas *energías espirituales* se unifican para la misma generación de impresiones.

¡También en el lado *espiritual* del mundo causal existen «*espacio y tiempo*», «*causa y efecto*», si bien la *relación* con todo ello es esencialmente distinta de la que se acostumbra en la Tierra y en la vida *físico-sensorial*!

Todo cuanto se experimenta en el mundo *espiritual* posee la misma *Realidad* que los objetos del mundo perceptible con los sentidos *físicos*, pero que solo puede llegar a la *consciencia* de manera *espiritual*.

Aquello que es percibido de tal forma no se encuentra de ninguna manera en un *lugar distante* del mundo físico, mas ya *no* depende de las leyes vigentes en el mundo de la manifestación física.

La *voluntad* actuante permite que crezca en lo espiritual aquello que puede ser de utilidad para el cuerpo espiritual, y esa misma voluntad permite que el fruto maduro sea cosechado sin esfuerzo.

No se conoce *animal* alguno en la región del mundo espiritual de la que aquí se habla, a pesar de que el puro *mundo de las formas* de manifestación animal tampoco falta aquí de ningún modo.

Pero todo aquello que pertenece a la «*naturaleza animal*» en el ser humano en la Tierra, pierde en este plano su *poder* sobre nosotros, al igual que toda *hostilidad* que nos sale al encuentro en el mundo terrenal bajo la forma de una manifestación animal.

Lo que en el ámbito espiritual se nos revela en formas de la más elevada belleza —y que guarda *correspondencia* con los *animales* de la Tierra— no posee *relación alguna* con la *naturaleza animal* tal como se nos presenta en la Tierra bajo su forma biológica...

En la Tierra, puede que los seres humanos —a fin de nutrirse terrenalmente— disfruten de la carne de los animales, mientras que otros la *evitan*. Mas, aquí, en el vivenciar *espiritual-sensorial*, no existe otro «alimento» que los equivalentes espirituales de los *frutos de la tierra*, así como de la manifestación terrenal del *vino* y del *pan*. (Apenas será necesario decir que se trata del «pan» que no fue horneado y del «vino» que realmente no «embriaga»).

No obstante, el «alimento» y la «bebida» son también, en el lado *espiritual* del mundo causal, *la forma espiritual-sensorial de renovación de fuerzas*; asimismo, existe en el vivenciar espiritual un estado de restauración que puede compararse con el descanso reparador de los terrestres extenuados.

Puesto que el «alimento» y la «bebida» son, en lo espiritual, *productos* de la fuerza de voluntad, su *efecto* es también solo una transformación de esa misma fuerza en elementos espiritual-corpóreos; por consiguiente, para el cuerpo del Espíritu no es necesaria excreción alguna, como la causada en la Tierra por la naturaleza animal.

Pero todo esto les parecerá, ciertamente, demasiado «sensorial», demasiado semejante a la vida en la Tierra, como para que puedan comprenderlo de buena gana.

Se olvida que también en la Tierra todo lo que se puede percibir con los sentidos es siempre un «símbolo» de un proceso que permanece *inaprensible* para los sentidos.

Toda vida, tanto en lo *físico-sensorial* como en el cosmos *espiritual*, se manifiesta como *movimiento*.

Mas todo movimiento engendra *forma*.

Puesto que *toda* vida es *siempre una y la misma* vida, así también lo es *toda forma*: el *símbolo* correspondiente del mismo *movimiento* en *todas* las regiones de percepción del universo.

Un Reino del Espíritu tal como suele *imaginarse* —y como desde hace milenios se les *enseñó* a concebir: *carente* de formas y de símbolos— no existe *en ninguna parte*, a no ser que se contenten con los difusos reinos de tinieblas que, en ciertas *mentes*, siguen aún vigentes como «realidad».

El «mar sin forma de la divinidad informe» del que hablan los místicos está *por encima de toda* existencia; pero, una vez perdido en este mar, jamás se volvería a encontrar el propio ser.

Ustedes *surgieron* de él para ser *forma y expresión de la voluntad propia*; pero, al entregarse a la configuración *individual*, dicho mar debió repeler eternamente a cada ser y lanzarlo constantemente de nuevo hacia fuera, al universo, impidiendo que alguno *pudiera* retornar al ilimitado mar primordial.

Muy alejados de este mar primordial se encuentran los pobres soñadores que, en su subconsciente, hallaron el oculto tesoro de experiencias de los más lejanos antepasados, y cuya *incapacidad* para la autovivencia *individual* experimentaron nuevamente en sí mismos como una supuesta «vivencia de la divinidad»...

El mundo de luz más interno de percepción espiritual, del cual les traemos testimonio, es, en cuanto a su *forma*, la obra de *cuantos* son capaces de vivenciar este mundo del Espíritu, si bien cada uno permanece como el artífice de su *propia* vivencia.

En la *comunidad* de acción de las voluntades, cada voluntad individual aspira aquí a la *misma* forma.

Mas cada voluntad individual, *dentro* de nuestra comunidad, crea para sí su *propia* vivencia; la cual, a su vez, no perturba a ninguna *otra*, de igual modo que jamás podría ser *experimentada* por voluntad ajena, salvo como consecuencia de una *compenetración* mutua.

Si bien toda la configuración del mundo *espiritual-sensorial* se percibe como un mundo «*real*», del mismo modo que el mundo de la percepción *físico-sensorial*, ciertamente dentro del ámbito *espiritual* no se opone a nuestra *voluntad* ninguna de las *resistencias* que en la Tierra la inhiben y la limitan.

Si *queremos* que algo *sea*, basta nuestra *voluntad* para que *llegue a ser*...

*Sucedará*, —según sea la *fuerza* de nuestra voluntad, tarde o temprano—, pero será tal como lo *queremos*.

Solo las fuerzas de *voluntad creadora* permiten que, en el mundo espiritual, surja a la existencia aquello *que se quiere*; por otro lado, lo deseado hasta ese instante *se desvanece* sin dejar rastro apenas la voluntad lo *niega*, de tal manera que aquí, en verdad, el poder de la voluntad linda con el concepto de «omnipotencia»...

Solo el mundo espiritual *querido conjuntamente* por todos aquellos que cobran consciencia de la vivencia aquí descrita —como resultado de una forma de percepción *espiritual-sensorial* común— no se puede alterar ni destruir, al igual que el mundo de los sentidos *físicos*.

**Pero** también existen todavía *otros* mundos de percepción *espiritual-sensorial*: los mundos del entendimiento *oscurecido* y de la voluntad *conducida erróneamente*.

Estos son los mundos de aquellos que cayeron en el plano espiritual sin poder liberarse de las apretadas ataduras de sus delirios y las cadenas de sus ideas terrenales.

Incapaz de elevarse con plena consciencia hacia las *claras alturas* del Espíritu Creador, cada uno de los así encadenados se crea un *engañoso mundo* inferior *espiritual-sensorial*, semejante a las representaciones a las que estuvo ligado en la Tierra; sin embargo, el fruto de su voluntad no tiene consistencia duradera.

Como cada cual quiere *algo diferente*, uno siempre termina destruyendo la obra del otro.

Sin embargo, dichos mundos ilusorios se conservan *a través de los milenios*, ya que deben su existencia a las *representaciones comunes* que fueron albergadas y nutridas en la Tierra, durante mucho tiempo, con una enorme fuerza de fe.

Mas los involuntarios creadores de estos mundos están en continua lucha contra sus adversarios: contra todas las fuerzas de voluntad que tienden hacia un objetivo *diferente*.

Se ignora cuánta intolerancia religiosa, cuánta discordia nacional y cuántas otras rencillas en la Tierra no son sino *repercusiones*, provocadas por furiosos combates defensivos en los reinos ilusorios que el ser humano se ha creado, desde tiempos inmemoriales, en las regiones *inferiores* de la percepción *espiritual-sensorial*.

Todo lo que *se cree o se quiere* seriamente en la Tierra genera en las regiones inferiores de la percepción *espiritual-sensorial* un «mundo» correspondiente a esa misma creencia y voluntad; un mundo que subsiste mientras tal creencia o voluntad persista en la Tierra y siga enviando creyentes y voluntades a aquellas regiones.

Todo lo que *lucha* entre sí en la Tierra es también enemigo en el mundo de la realización ilusoria que se crea, por ignorancia, en estas regiones *espiritual-sensoriales*; y lo que allí se combate con furia, repercute con sus fuerzas hostiles sobre la humanidad terrenal.

A través de la acción recíproca, la enemistad y el odio se nutren en ambos planos.

¡Mas todos estos mundos singulares —estas espirituales «regiones de la costa»— un día *perecerán*, aun cuando su existencia parezca asegurada por eones!

Solo posee *permanencia* eterna en lo espiritual *aquella* configuración del mundo que emana de una *voluntad colectiva eternamente unificada e iluminada*; una voluntad que nada puede alterar, pues en ella la voluntad de autoafirmación de cada individuo es *idéntica* al Amor eterno, fondo primordial del ser imperecedero...

Nosotros, que vivimos en lo *eterno*, seguros de nuestra eternidad, no combatimos *ninguna* dirección de la voluntad ni creencia *alguna*, por más insensatas o reprobables que nos puedan parecer.

No necesitamos proteger nuestro mundo espiritual de ninguna clase de enemigos, pues quienes *podrían* sernos hostiles son incapaces de alcanzar la esfera en la que habitamos espiritualmente.

Por mucho que se haya escuchado de nosotros —y por más que sus suposiciones y opiniones pretendan juzgarnos—, no saben en realidad de qué estamos dando testimonio; ni podrán saberlo mientras no sea superada su ceguera espiritual...

Así pues, la *voluntad* hostil de aquellos hacia nosotros solo se habría dirigido contra una *imagen* que *ellos mismos* se crearon, mas nunca contra *nosotros* ni contra *nuestro* mundo espiritual.

Desde las alturas nevadas que son nuestra morada en el Espíritu, vemos en una profundidad inconmensurable aquellos mundos espirituales *percederos* que la voluntad *esclavizada a lo terrenal* creó para sí; no obstante, estamos siempre dispuestos a liberar de ellos lo que *quiera* ser liberado.

¡No *podremos* liberar a nadie que no anhele —con una voluntad *pura* y siendo *honesto consigo mismo* en lo más hondo de su ser— lo más *elevado* y lo más *luminoso*, y que no crea inquebrantablemente en la ayuda del Amor eterno!

Es excepcional la voluntad que se manifiesta de tal manera; es excepcional la comprensión de que solo el agotamiento de la *propia* fuerza justifica el derecho a pedir ayuda...

Sin embargo, tal voluntad y tal comprensión *existen*.

Aunque llegue a nosotros más de un clamor que se delata como un cobarde lamento ante la propia responsabilidad, también escuchamos *otros* clamores: aquellos de quienes realmente *han hecho todo* cuanto exige el esfuerzo por la *propia* fuerza.

¡*Solo a ellos* podemos liberarlos de las regiones de delirio condicionadas por el tiempo!

¡De todo cuanto solemos obrar en el Espíritu, esta labor de liberación nos es sagrada!

No conocemos alegría *mayor* que ayudar a quien aspira a superarse *a sí mismo*, ascendiendo desde la oscuridad hacia la *Luz*...

Los demás deben transitar un camino del cual no se ha de hablar aquí.

Ellos también reconocerán, tarde o temprano, que su mundo espiritual ilusorio y autocreado *no* es el mundo de la realización permanente.

Amargo y duro es entonces tal entendimiento; y lleno de espinas se halla el sendero que solo puede ofrecerle la promesa de alcanzar un día la luz.

Eones tras eones pueden transcurrir antes de que el buscador alcance al fin, de nuevo, el primero de los peldaños que ha de guiarlo hacia lo alto, hacia la *luz* eterna, hacia la realización *permanente* de sus anhelos, hacia el *fondo primordial* de su ser.

Todo lo que aquí anuncio bien podría ser considerado como los singulares ensueños de un «místico» acosado por sus propias fantasías; mas no censuro a nadie de esta época que intente resistirse de este modo a mis palabras.

Pero, por su propio interés, les aconsejo mejor entender estas enseñanzas como el relato de un hombre que tiene algo que decir sobre países lejanos que aún no han podido conocer.

Quizá algunos se sientan ofendidos al escuchar aquí algo *distinto* a lo que han oído de quienes, seducidos por el engaño, aseveraron haber entrado en los ámbitos de los mundos espirituales con los sentidos internos despiertos.

Es posible que algunos seres humanos —debido a una disposición particular y mediante cierta instrucción— hayan accedido a las regiones *más bajas* y *externas* del inconmensurable reino de la percepción *espiritual-sensorial*; mas *nadie* podrá alcanzar el claro e *íntimo* reino luminoso del *Espíritu sustancial* a menos que sea uno de los custodios designados de la «herencia» espiritual oculta de la humanidad terrenal.

A los pocos a quienes se les confía esta herencia, y que han nacido ya con tal designio, les fue preciso también en cada época —y siempre bajo una guía superior— adquirir un vasto conocimiento espiritual y capacidad práctica antes de ser finalmente hallados, tras largos años de preparación, como verdaderamente «probados»...

Sin embargo, los «videntes» que osadamente pretenden presentarles los «resultados de sus investigaciones en los planos superiores» —como si se tratara de una región abierta al escrutinio científico— son, *sin excepción*, seres humanos a quienes, en el *mejor* de los casos, solo les resultaron accesibles algunas de aquellas regiones *inferiores* que he designado como las «regiones de la costa» de la percepción *espiritual-sensorial*.

Habrá quienes, entre estos engañados, informen de buena fe sobre aquello que realmente percibieron en cierta «región de la costa», o sobre lo que algún ser del Más Allá —que se les presentó como un «maestro»— pretendió mostrarles en el delirio desatado de una «seguridad» embriagada de ilusión.

¡Es mucho *más infrecuente* de lo que sospechan el *auténtico* anunciamiento desde nuestro mundo en el universo espiritual!

Aquellos, a quienes alcanzó tal anunciamiento lo mantuvieron mayormente oculto, pues temían profanar lo sagrado si lo que habían experimentado llegaba a oídos de la muchedumbre.

El anunciamiento auténtico *siempre* ha procedido solo de nosotros, los pocos, como los *únicos* capaces de transmitirlo.

No obstante, tales revelaciones se daban solo *en secreto*, y solo a *individuos* que día y noche se afanaban por alcanzar la iluminación.

Mas con este modo de sembrar la semilla, el fruto cosechado fue demasiado escaso; de ahí que ahora deba entregarse *al mundo entero* cuanto de nuestro saber vivencial sea posible transmitir en palabras humanas.

No me presento ante el mundo como un maestro, con el fin de buscar una confianza mayor, como suele ser costumbre entre personas de bien.

El anunciamiento que aquí les transmito a través de mi palabra nace de mi eterna *naturaleza espiritual*; doy testimonio de un mundo espiritual en el que habito junto con mis Hermanos en el Espíritu, mientras comparto, *al mismo tiempo*, la vida en la Tierra, comprometido con todo lo terrenal y lejos de querer eludirlo.

No solo doy testimonio de mi *propio* conocimiento, sino que escribo cada una de mis palabras en constante sintonía espiritual con el conocimiento de mis Hermanos en el Espíritu, unidos a mí como sacerdotes en el Templo de la Eternidad.

¡Que quien lea estas palabras logre prescindir por completo de la personalidad externa del escritor, y se pregunte tan solo *en su propio corazón* si allí encuentra resonancia con todo lo que aquí se ofrece!

El *asentimiento del corazón* se percibirá solo *tenuemente* al principio, mientras el lector aún vive en pensamientos y representaciones influenciados por los reinos fronterizos inferiores de la percepción *espiritual-sensorial*.

Cuanto más alto se haya elevado por sobre esta zona de influencia, tanto más claro percibirá en sí mismo la verdad de mis palabras.

Aquel que sea *cocreador* de mundos inferiores en los límites de lo espiritual, aunque no sea consciente de ello, difícilmente sentirá el deseo de liberarse de su autoatadura mientras permanezca *bajo el hechizo* de sus propias creaciones mentales.

Asimismo, todos aquellos que consideran el reino del *pensamiento* abstracto como el Reino del *Espíritu*, solo tendrán una sonrisa ante la idea de que exista un mundo de eterna *plenitud* en lo espiritual que presente tantos elementos del mundo de las manifestaciones *físicas*.

Parece sumamente difícil alcanzar la comprensión de que todo el mundo de las manifestaciones *físico-sensoriales* es una plasmación posterior de mundos *espiritual-sensoriales*, tanto en lo vasto como en lo ínfimo...

Así pues, habrá quienes se sientan justificados a relegar, sin comprobación alguna, todo lo que digo sobre estas materias al reino de la fábula y de las ilusiones humanas.

No obstante, tan erróneo juicio no modificará en nada la estructura dada de la Realidad.

¡De no ser por la *superstición* milenaria de que la dimensión espiritual ha de ser accesible al proceso del pensar lógico, la Realidad que aquí testimonio habría sido descubierta *hace tiempo*, quedando más allá de cualquier duda!

Se acercan mucho más a la verdad las *enseñanzas de fe de los antiguos sistemas religiosos*, ya que en su riqueza de imágenes se ha conservado, aún hasta el día de hoy, mucho de aquello que porta claramente el sello de los verdaderos *Conscientes del Más Allá*.

A quien aún hoy sepa *interpretar* el lenguaje de estas enseñanzas en imágenes, no le diré nada extraño al enseñarle que no existe otra «bienaventuranza» verdaderamente *eterna* para el espíritu humano que la del mundo más íntimo del Espíritu —engendrado por la luz—, con su infinita riqueza en *formas y símbolos primordiales*, y sus infinitas posibilidades de *realización* del más elevado y puro querer...

¡Sin embargo, para aquellos que sostienen que la percepción del propio ser *termina* con la muerte del cuerpo terrenal, que sea la *experiencia* la que corrija su grave error después de esa muerte!

Poco valorarán el «*asentimiento del corazón*» y, pese a toda su agudeza, no advertirán cómo ellos mismos se obstruyen el único camino que, ya *ahora* y aquí en su vida terrenal, podría conducirlos a un claro entendimiento.

Ciertamente no son los peores aquellos que, por supuestos buenos motivos, consideran la muerte del cuerpo físico como el *aniquilamiento definitivo de la consciencia*. No obstante, resulta difícil arrancarlos de su error, ya que la *apariencia* los mantiene estrechamente sujetos, de tal modo que consideran la indiscutible evidencia de la caducidad *terrenal* como algo concluyente incluso en una esfera regida por leyes totalmente *distintas*...

¡Ciertamente, el ser humano perceptible por los *sentidos terrenales* queda *aniquilado* para siempre con la muerte de su cuerpo físico!

Lo que *perdura* es la *voluntad* eterna, formada desde sí misma, tal como cobró expresión *en* el cuerpo y *a través* de sus fuerzas hasta la muerte de este, y la *consciencia* que se reconoce a sí

misma en esa forma volitiva, tal como se percibió aún *sensorialmente* en el cuerpo en los últimos instantes de un sentir lúcido.

Ambas son suficientes para calificar el estado subsiguiente como una «*continuación de la vida*», pues también la vida *terrenal* es solo una «*manifestación*» física de la *voluntad* eterna, determinada por su propia forma, y determinante de su *consciencia de sí*.

No obstante, con razón se rebela el pensamiento racional ante la suposición de que esta voluntad, o la consciencia de sí determinada por la formación volitiva alcanzada, sea elevada al instante a un estado de «eterna dicha», o precipitada en un «eterno tormento», nada más morir el cuerpo terrenal.

Lo imperecedero, que antes halló expresión en el cuerpo terrenal, en modo alguno «huye» hacia las alturas de las nubes ni «hacia las estrellas».

Solo acontece un *cambio de perspectiva*. La consciencia de la voluntad eterna, *liberada* del modo de percepción *terrenal*, se vuelve capaz de percibir mediante los órganos sensoriales de su cuerpo *espiritual*. Únicamente a través de este se obtuvo también, ya durante la vida en la Tierra, toda experiencia *espiritual*, por rica o limitada que esta fuera.

Sin embargo, *aquello* que se percibe inicialmente, una vez retirados de la consciencia los órganos sensoriales físicos, ya lo he descrito detenidamente en el *primer* tratado de este libro.

El *modo de percepción*, pese a todas las formas particulares que comprende, es el mismo tanto en los mundos más inferiores —únicamente experimentables *espiritual-sensorialmente*— como en el *más elevado e interno* mundo del Espíritu.

Diferentes son solo las *configuraciones* percibidas; diferente es la *claridad* de la *cognición* individual dentro del ámbito de la percepción.

Cuanto más se eleva esta cognición, tanto más puramente se percibe a sí misma la voluntad eterna en la consciencia —formada ya con nitidez de cristal— como *creadora* de las formas de manifestación de sustancia espiritual; y tanto más diáfana se le revela la *Realidad* eterna, portadora de toda forma de ser.

Hacia lo «*informe*» solo tiende la voluntad formada de manera *difusa*, que todavía *no está segura* de sí misma.

No obstante, la voluntad eterna, *clarificada* y *afianzada* en sí misma —que concibe en sí un *orden* según *medida* y *número*—, debe conducir en *cada* grado de su despliegue a la configuración de *formas de manifestación*, y su suprema dicha consiste en el desarrollo pleno de su propia creación hacia la *perfección* que le es inherente...

Sin duda, todo *artista* verdaderamente creativo —así como otros tantos «*creadores*» en la Tierra— conoce ya un lejano *reflejo* de tal dicha, pero solo en el lado *espiritual* del universo halla su *cumplimiento* aquello que en la Tierra fue tan solo un *presentimiento*.

Por ello, la *educación de la voluntad* —mediante el cultivo de sus propios impulsos de configuración— es *la primera y más necesaria* formación espiritual, así como el primer paso en el camino que conduce al mundo eterno, en lo más interno del Espíritu.

Estamos, en verdad, más cerca de lo que creen; estamos a su lado dondequiera que estén, pues aquello que en su interior es del *Espíritu* tiene *su existencia eterna* en el mundo espiritual que nos es accesible, aunque aún no estén en condiciones de percibir su identidad con este, su eterno espiritual.

No podrán alcanzar esta sensación de identidad hasta que su *voluntad* eterna se haya *perfeccionado*, pura y nítida, conforme al orden y la ley.

Solo quien trabaja sin cesar por arrancarse de las turbias brumas crepusculares, en las cuales los conceptos difusos de lo espiritual lo hacen vagar errante, podrá algún día alcanzar la claridad de la luz espiritual, que es nuestro aliento de vida.

Entonces el buscador experimentará que las mil «preguntas» que en vano se planteó al *comienzo* de su camino, solo al *final* de este podrán obtener su *respuesta* absolutamente satisfactoria.

Este es el motivo por el cual todos los guías hacia la luz espiritual deben plantear primero la exigencia de la «fe», la cual, como fuerza viva, desencadena *el impulso para avanzar*.

Al *comienzo* del camino hacia el Templo de la Eternidad debe estar la «fe», pues el «conocimiento» solo podrá pertenecer a aquel que alcance en sí mismo la *meta final* del camino.

¡Aquel que no pueda «creer» que algún día alcanzará esta meta, ciertamente no asumirá el *esfuerzo* que el camino le exige; y quien rehúya este esfuerzo, de *ninguna* manera podrá alcanzar, ya aquí en la Tierra, un cierto «conocimiento» de las cosas espirituales!

Ese «conocimiento» *se puede* alcanzar, aun cuando durante sus vidas terrenales *no* sean capaces todavía de experimentarse con libertad en los más elevados reinos del Espíritu.

Mas aquel que llegó a ser un «conocedor» de las cosas del *Espíritu* ha alcanzado en verdad *más* que si toda la ciencia de la Tierra le perteneciera.

¡Él *se reconocerá a sí mismo* en nosotros y, unido a nosotros, el reino de la Luz será su eterno hogar!

¡Sin embargo, no se debe creer que el conocimiento *espiritual* solo es alcanzable para aquellos que se consideran muy por encima de toda «erudición mundana»!

Es cierto que el conocimiento *espiritual* no puede *obtenerse* mediante deducciones intelectuales, si bien este puede *ayudar* a la razón a *comprender* cosas nuevas...

El conocimiento *en el Espíritu* no se adquiere de la misma manera que la ciencia del mundo, pero tampoco es posible alcanzar el conocimiento *racional* de las realidades *terrenales* de otra forma que no sea a través del *ejercicio de la razón*.

Lo que la razón terrenal reconoce a partir de la exploración de los sentidos físicos no puede ser jamás objeto del modo de exploración *sensorial-espiritual*, y jamás podrá subsistir una *contradicción* entre ambas formas de conocimiento, a menos que esta se deba únicamente a una limitada *capacidad* de percepción.

¡Solo allí, donde *termina* «todo lo pensable», se hace posible el conocimiento nacido *de la visión espiritual* —*más allá* de toda ciencia humana y terrenal!

LO ÚNICO REAL

Seguramente has empezado a entrever algo del misterio del *mundo causal*, eternamente gestante y generador, que se revela en todos los reinos de la percepción, en un infinito despliegue de manifestaciones...

¿O es que tu sentir interno está todavía demasiado insensible, por no haber tenido la costumbre de aguzarlo?

¿Entonces, quizá apenas alcances a presentir algo del *misterio* que mis palabras deben revelarte, o acaso las interpretas de un modo en que ellas no desean ser interpretadas?

Sin embargo, quiero que estés «*viendo*», a fin de que, cuando llegue el día en el que *tengas* que entrar en el Reino del Espíritu, no lo hagas como alguien «*enceguecido*».

«*Avidyā*» —es decir, el *no-saber*— es lo que la sabiduría oriental llama, con razón, una «*culpa*», pues solo tu propia *voluntad* tiene el poder de cerrarte la puerta del conocimiento.

Ya habrás escuchado reiteradamente que entre tu mundo de la percepción *físico-sensorial* y el mundo del *Espíritu* existe solo una barrera que separa dos formas distintas de *capacidad perceptiva*.

Me he repetido deliberadamente con frecuencia, y seguiré repitiéndome, a fin de que esta verdad fundamental se haga consciente en ti profundamente.

Así pues, también aquí debo recordarte que *lo Real* sigue siendo siempre siendo lo mismo *Único* y *Primordial*, aun cuando se *perciba* de las formas más diversas en los mundos de manifestación *físicos* o *espirituales*.

El pensamiento filosófico presintió desde lejos este único «*Real*» y lo llamó «*la cosa en sí*».

Pero, penetrar en *él* es del todo *imposible*, aun para la más sutil y sagaz especulación filosófica.

Solo a través de la *vivencia práctica* se alcanza este saber, y únicamente los Maestros probados en la antigua forma oculta del conocer son realmente *capaces* de tal vivencia.

*Solo* ellos están facultados también para *guiar* a sus sucesores elegidos —nacidos para este fin— hacia esa vivencia práctica.

Así también alcancé yo, antaño, aquello que aquí era alcanzable.

¿Quién sino nosotros, aquí en la Tierra, podría mostrarte —siquiera mediante la indicación en palabras de un lenguaje humano— *lo único Real*, causa última de *todas y cada una* de las manifestaciones?

Voy a intentar, si es que lo consigo; mas debo pedir encarecidamente para este comienzo la ayuda de tu propio *sentir* más íntimo, pues solo cuando aquello que *en ti* es del Espíritu pueda *unirse* a mi palabra de enseñanza, llegarás a *reconocer* la verdad.

¡Tus ojos están todavía *deshumbrados* por el resplandor de una luz *perecedera*, que ciertamente *puede* cegar la vista!

¡Primero debes aprender a «*ver*»!

Tu ojo debe *liberarse*, de modo que pueda *ver* lo que *quiera* ver, y ya no se vea forzado a ver *únicamente aquello* que la mayoría de los seres humanos *solo* alcanza a ver.

¡Tu ojo debe aprender a ver hacia *adentro*, tal como hasta ahora solo ve hacia *afuera*!

Sin embargo, no se trata solo de un «*ver*» diferente, sino que todo tu *sentir* debe experimentar una renovación.

Tu propio «*sentimiento de existencia*» debe liberarse de las ataduras que hasta ahora lo mantienen enredado, si es que quieres percibir con imperturbable certeza lo único «*Real*», *causa* de toda manifestación.

Hilos mágicos atraviesan también este mundo *físico* de los sentidos, y si te esfuerzas con constancia por aprender a ver hacia *adentro*, pronto sabrás *distinguir* toda *forma manifiesta* de este mundo exterior de lo *causal*, que en ella se revela.

Harás el sorprendente descubrimiento de que lo único *Real* de toda manifestación del mundo es también reconocible en su modo de manifestación *físico-sensorial*, bajo la forma de las *ocultas fuerzas espirituales del ser primordial*. Si bien tales fuerzas han sido *experimentadas* con frecuencia por seres humanos, son no obstante *negadas* por muchos, pues *su* experiencia las desconoce...

Quien haya podido *experimentar* lo que aquí se dice, ya no podrá ser desconcertado por ninguna duda ajena. Su propia vivencia lo protegerá de equiparar estas fuerzas a *aquellas* que proceden del ámbito *invisible* de la naturaleza *física*, aun cuando habitualmente se hable en *ambos* casos de fuerzas «místicas», «sobrenaturales» o también «ocultas».

Todo el mundo de manifestaciones *físicas* que te rodea —incluido tu propio cuerpo— está edificado sobre la acción de las *fuerzas espirituales del ser primordial*, ocultas a los sentidos terrenales; y todos los mundos *espirituales* son, del mismo modo, la forma de manifestación de estas fuerzas causales.

Es el otro *modo de percepción* el que permite experimentar el obrar de estas fuerzas, ya sea como «mundo» *físico* o como «mundo» *espiritual*.

Comprenderás ahora que el «*Más Allá*» no es un mundo causalmente diferente, sino tan solo el resultado de un modo de percepción *nuevo y distinto* —aún desconocido para ti— de la acción de estas *mismas* fuerzas ocultas del ser primordial, cuyas consecuencias aprendiste a contemplar aquí en la Tierra como el «*Más Acá*».

Si bien tu consciencia no es la creadora de la *Realidad* —pues ella misma es una «parte» de esa Realidad y es, en sí misma, una de las ocultas fuerzas espirituales del ser primordial—, es, tanto en el «*Más Acá*» como en el «*Más Allá*», la *creadora de la forma de manifestación* que, tanto aquí como allá, se edifica sobre la acción de las mismas fuerzas.

Al modo de percepción del «*Más Acá*» le corresponde un resultado de la acción de estas fuerzas, que te es muy familiar como la función de tus *sentidos físicos*.

A través de estos sentidos que te han sido dados, toda tu percepción y reconocimiento de la Realidad en la Tierra quedan exactamente *determinados*, de modo que *no percibes nada más* que aquello que ellos te permiten percibir.

Pero dado que tú *mismo* eres una «parte» de la eterna *Realidad* —tal como una gota de agua en el mar es parte del *mar*—, llevas también en ti, potencialmente, todas las posibilidades inherentes a la Realidad eterna, como la gota en el mar posee todas las propiedades del agua marina.

Por lo tanto, no solo eres capaz de percibir a través de los órganos sensoriales de tu organismo *físico*, pues *tú mismo* eres de naturaleza *espiritual* y el eterno poseedor de tu organismo *espiritual*.

En tu organismo espiritual posees *otros* órganos sensoriales que hasta ahora desconoces, los cuales corresponden plenamente, en el plano *espiritual*, a tus órganos sensoriales *físicos* aquí en el cuerpo *terrenal*.

A través de tus sentidos *espirituales*, serás en el «*Más Allá*» el creador de tu mundo de manifestaciones *espirituales*, tal como aquí en la Tierra eres el creador del mundo de manifestaciones *físicas* perceptible ante ti, sin saberlo...

¡Para ayudar a tu comprensión, considera, por ejemplo, a un sujeto bajo *hipnosis*!

Él ve, oye y siente todo aquello que tú, mediante tu sugestión, quieres que vea, oiga o sienta, y para él tiene el valor de lo verdaderamente presente.

¡Tú crees con total certeza que él es víctima de un engaño provocado por ti, pero eres tú quien se engaña *en tal suposición*!

Solo por un breve tiempo has liberado al hipnotizado de la *presión* de tener que creer *solo* en sus sentidos *físicos*; y ahora ve, oye y siente de forma transitoria —y allí donde tú se lo ordenas— también con sus sentidos *espirituales*, convirtiéndose a través de ellos en el creador de aquello que se le ha encomendado percibir.

*No* eres *tú* quien le muestra lo que él ve, y ciertamente él aún no ve nada de aquello que, en los mundos de manifestaciones *espirituales*, es visible en común para *todos* los que allí perciben.

Tú solo guías su fantasía plástica y, puesto que él —estando inhibida la función de sus sentidos *físicos*— es capaz de percibir simultáneamente con sus sentidos *espirituales*, *su voluntad* configura transitoriamente en sustancia espiritual los equivalentes de aquellas imágenes que tú le has inducido a crear.

*No* es la *vara de madera* con la que tocas su mano —mientras le sugieres que se trata de un *hierro incandescente*— la que produce la *ampolla* que pronto aparece en la mano, sino que es *la forma de manifestación espiritual-sensorial de una vara de hierro candente* la que la provoca, y solo *puede* causar tal efecto porque se basa en la acción de aquellas fuerzas ocultas que, en toda manifestación, son *lo único Real*.

Ni por un instante dudará el hipnotizado de la *objetividad* de su propia creación, y si le has ordenado *recordar* sus vivencias incluso después del despertar, difícilmente podrá comprender, ya en el estado de vigilia, que sus percepciones *no* tuvieron lugar en el mundo de los sentidos *físicos*.

Pero solo pudo experimentar con tal intensidad porque su vivencia se basaba en la acción de la misma *Realidad* que el mundo de las manifestaciones *físicas* que le es familiar.

Si bien la hipnosis solo fue mencionada aquí *para un mejor entendimiento*, y aunque ciertamente los vislumbres que ella ofrece de las regiones *espiritual-sensoriales* son muy restringidos y superficiales, este ejemplo puede, al menos, mostrarte que tu actual capacidad de percepción *físico-sensorial* *no* es la *única existente*.

Nosotros, seres humanos aquí en la Tierra, estamos todos como en una *hipnosis colectiva*, de tal modo que aquí *no podemos* percibir de otra manera que como nuestro «hipnotizador» —que en este

caso es nuestra propia *voluntad* innata— nos permite percibir, y esta no se encontraría en el ámbito terrenal si su anhelo no fuera la vivencia de sí misma en la manifestación *físico-sensorial*.

Tan pronto como sepamos *revertir* nuestra voluntad eterna —orientada temporalmente hacia lo físico—, conoceremos *otros* modos de percepción y *sus* leyes.

Aunque esto solo es posible para *muy pocos* seres humanos durante su existencia física en la Tierra, será una *necesidad* para todos tan pronto como la muerte del cuerpo terrenal prive a la voluntad consciente de sus órganos sensoriales previos.

Todo «temor a la muerte» surge de la *resistencia* de la *voluntad* orientada hacia lo *físico* ante la *reversión* de su dirección original, emprendida en el acto de la «Caída» desde la Luz Primordial.

Entonces podrás comprender que quien aún *no* haya alcanzado el «*despertar*» espiritual aquí en la Tierra, solo tanteará en el «*Más Allá*» un «mundo fronterizo», acorde a *sus* propias representaciones y a las de sus *semejantes*; pero primero debe hacerse *dueño* absoluto de sí mismo en su voluntad, antes de poder ser conducido hacia el *eterno mundo espiritual de luz y plenitud absoluta*.

Tampoco podemos admitir a nadie que no haya *renunciado* a todos sus deseos *egoístas*, pues su mera existencia en la región espiritual que nos rodea equivaldría ya a que esta se sumiera en el desorden y el caos —aun suponiendo que alguien así *podiera* ascender al más elevado mundo de luz en el Espíritu.

Tal vez ahora comprendas por qué enfatice que aquí todos somos de *una* sola voluntad, la cual no puede cambiar en su dirección...

En el reino espiritual, nos hemos convertido en soberanos dueños de lo único Real —mediante la *unidad* de nuestra voluntad, fundida con ello—, en donde cada voluntad individual se reencuentra ya solo como voluntad universal...

Así, nos convertimos en sabios formadores del más elevado y puro mundo de manifestación en lo espiritual.

En la medida en que, dentro de un estado que no conoce principio ni fin —pues *es* siempre y *a la vez* ambos—, se puede hablar de «perfección», sabemos que nuestra perfección está condicionada por la constante y consciente creación y preservación del más elevado y luminoso mundo de manifestaciones en el Espíritu, el cual se convirtió para nosotros tanto en morada de nuestra obra como en templo de adoración...

¡No «somos» otra cosa que aquello que nuestra voluntad eterna y unificada *quiere!*

Lo que en la Tierra y en el lenguaje cotidiano se llama «*voluntad*», no es sino un mero *deseo*, un *anhelar* o la expresión de una *inclinación* cualquiera, condicionada por una función cerebral.

Si la *verdadera voluntad eterna* del ser humano en la Tierra siguiera a sus *deseos*, entonces cada deseo y cada anhelo tendrían que verse cumplidos.

Mas *no* es así, como bien se sabe, y en verdad podemos dar gracias al Cielo *de que* aquí no haya una *voluntad* detrás de cada deseo...

En la Tierra, nuestra *voluntad* eterna «quiere» solo dentro de la limitación que le impone *el modo de percepción física elegido*, aun cuando los *deseos*, con sobrada frecuencia y gusto, querrían *sobrevolar* tales barreras.

Solo en lo *espiritual* —en el *otro* modo de percepción— puede nuestra voluntad *querer* también *de otra manera*.

Allí, el hechizo de la hipnosis del «Más Acá» se rompe, y pueden revelarse las otras posibilidades de percepción que existen en nuestro interior.

Notarás aquí, nuevamente, por qué es tan insensato creer que aquellos que han dejado este mundo podrían «materializarse» para entrar en contacto con los seres terrenales.

Esto significaría que aquellos finalmente *sustraídos* a la hipnosis de la percepción *física* forzada podrían *sucumbir* a ella de nuevo.

Aun cuando *fuera* posible «según las leyes naturales», ellos ya no podrían *querer* tal regreso, puesto que la voluntad ya se habría liberado de su hechizo hipnótico; esto sin mencionar que el modo de percepción *físico-sensorial* está condicionado por la función de los órganos de los sentidos.

Tal como dije anteriormente, todo aquello que en sesiones espiritistas se ha tenido por la «materialización» de un *fallecido*, al igual que cualquier manifestación *física* allí percibida, es únicamente la obra de seres que, si bien suelen ser *imperceptibles* para los sentidos físicos *humanos*, pertenecen, no obstante, a la naturaleza *física*.

Su organismo invisible no es en modo alguno de naturaleza «espiritual», y *nada* espiritual pueden ellos percibir.

Por el contrario, disponen de *órganos sensoriales* altamente desarrollados en sus cuerpos físicos, normalmente invisibles para el ojo humano; órganos que, si bien son de índole *física* y solo permiten una percepción del «Más Acá», superan extraordinariamente todas las funciones sensoriales físicas del ser humano.

A esto se añade que tales seres poseen sentidos de los que el ser humano de la Tierra *carece*, y los cuales este solo intenta *sustituir* —tanto como sea posible— mediante el funcionamiento de aparatos mecánicos.

Aquellos seres invisibles a los ojos humanos de los que aquí se trata —pero que son percibidos con *gran* nitidez por algunos *animales* de la Tierra— son capaces de adoptar, por breve tiempo y mediante el uso de fuerzas humanas, formas que también deben resultar perceptibles para los sentidos físicos *humanos*.

La generación y el uso temporales de tales formas se logran mediante una suerte de amalgama con la *voluntad* de ciertos seres humanos —los llamados «médiums»—, junto a la utilización simultánea de su «alma animal».

Los habitantes de aquella parte del mundo físico que *no es* perceptible conscientemente para los sentidos humanos son, en cierto sentido, bastante «similares» al ser humano; sin embargo, no se trata de *antiguos* seres humanos, ni podrán estos seres *convertirse* jamás en tales.

Se trata, más bien, de criaturas que están tan cerca del organismo físico *invisible* del ser humano como el *mundo animal* terrenal lo está de su envoltura física *exterior*.

El ámbito de acción de estos seres, asignado por la naturaleza, reside en las regiones *internas* de la estructura orgánica del mundo físico.

Los «gnomos», «duendes» y los espíritus de la tierra, el aire y el agua de los antiguos cuentos y leyendas están —prescindiendo de los evidentes añadidos de la fantasía popular— representados por lo general de tal modo que resulta muy razonable suponer que no estamos ante meras ficciones, sino ante testimonios de una experiencia humana terrenal real.

No obstante, la denominación de «*espíritus de la naturaleza*» no debe hacernos olvidar que se trata de seres *físico-sensoriales* para quienes el lado *espiritual* del mundo causal no solo es *inaccesible*, sino que ni siquiera *existe* para su consciencia...

Solo el *desconocimiento* de estas interrelaciones naturales hace que resulte excusable el que haya personas que supongan, o incluso crean, que en las sesiones espiritistas están tratando con entidades del mundo *espiritual*.

Es *posible* que entidades puramente *espirituales* —y, por consiguiente, también los *fallecidos*— puedan hacerse *visibles* y *audibles* bajo ciertas circunstancias; solo que tú los ves y los oyes por medio de tus sentidos *espirituales*, aun cuando creas estar viendo con los ojos físicos o escuchando con el oído físico.

¡Mas las verdaderas entidades espirituales *jamás* producirán *manifestación alguna de fuerza física!*

Para que puedas percibir una verdadera entidad *espiritual* por medio de tus sentidos espirituales, es necesario que, desde el plano espiritual, se te *libere* transitoriamente de la «hipnosis» del modo de percepción *físico-sensorial*.

Quienes te rodean, al no estar bajo esa influencia, no verán la forma que tú contemplas ni oirán ninguna de las palabras que percibes; y, sin embargo, no tiene por qué tratarse en absoluto de una «alucinación», la cual no sería más que un producto de tu propia fantasía plástica...

¡Si recibes una verdadera vivencia espiritual sin haberla buscado, acógela con reverencia y conserva en tu corazón aquello que se te permitió experimentar!

Pero sería insensato *desear* tales vivencias, pues se requiere una capacidad crítica *sumamente* desarrollada para diferenciar con certeza las *auténticas* percepciones de los sentidos espirituales de las *alucinaciones* vívidas; y difícilmente pretenderás ver un «espíritu» sin la certeza de que no es, acaso, una imagen proyectada de ti mismo actuando tras una máscara.

Los casos de *auténtica* percepción *espiritual-sensorial* son *tan extremadamente raros*, que se hace bien en no creer en una influencia real de las regiones espirituales hasta que la más *rigurosa* crítica excluya, *bajo cualquier circunstancia*, la posibilidad de una alucinación.

Solo una vasta *experiencia* enseña a juzgar esto, y un juicio *seguro* en esta materia solo les corresponde a aquellas personas cuyos sentidos espirituales ya se encuentran *abiertos* de forma permanente.

No obstante, la llamada «*clarividencia*» *no* consiste en la capacidad de percibir formaciones *espirituales*.

El «clarividente» solo es capaz de percibir cosas del mundo físico que le son distantes en el espacio o en el tiempo —incluyendo a veces su ámbito *invisible* y los seres lemúricos que habitan en él—, a los cuales toma entonces por «espíritus».

Por más que un «clarividente» aporte las pruebas más sorprendentes de su capacidad perceptiva en la visión *remota*, *retrospectiva* o *prospectiva*, se trata siempre solo de una percepción dentro del mundo de manifestación *físico-sensorial* reconocible.

Allí donde cree contemplar lo *espiritual*, informa o bien sobre la parte invisible del mundo *físico*, o bien sobre cosas que *su propia fantasía plástica* le representa; mientras, de buena fe, toma todo lo visto por un testimonio objetivo del mundo espiritual.

Sus visiones siempre mostrarán entonces, claramente, el tinte de los *prejuicios* y *opiniones* que lo dominan en la vida cotidiana aquí en la Tierra.

Si es *cristiano*, relatará encuentros con las figuras sagradas de los *Evangelios* o con «*santos*» canonizados; si se ha criado bajo las ideas de los sistemas religiosos de la *India*, creará ver a las deidades del *brahmanismo*, y en el Tíbet, a las de la escuela *Mahayana*.

Incontables representaciones ilusorias sobre el «Más Allá» han sido difundidas por «clarividentes» entre creyentes predispuestos, y aún hoy encuentran seguidores; pues, ingenuamente, se concluye del acierto de alguna visión *remota* o *prospectiva* que al «clarividente» también se le han abierto las regiones *espirituales*.

Sin embargo, el órgano de la «clarividencia» no es otra cosa que un órgano sensorial *físico* rudimentario, remanente de los días primordiales de la humanidad en esta Tierra.

Como un ejemplo de «atavismo», este órgano sensorial se encuentra todavía en ocasiones, desarrollado de forma medianamente funcional, en seres humanos de nuestros días.

Toda «clari-videncia», «clari-sensibilidad» o «clari-audiencia» se basa en la posibilidad de poder utilizar dicho órgano sensorial.

A esta categoría pertenece también la llamada «psicometría» —o la visión de los destinos pasados de un objeto mediante el simple contacto—, así como diversas variantes de la capacidad de

«adivinar», incluso cuando se siga un procedimiento que, de forma deliberada o inconsciente, encubra el proceso real.

Para que aprendas a *comprender* qué es el «Más Allá», deberás aprender a distinguir tres reinos en el cosmos:

Primero, el reino del modo de percepción *físico-sensorial*, o el mundo *físico*.

Luego, el reino de la percepción *espiritual-sensorial*, o el mundo del *Espíritu*.

Tercero, el reino de las fuerzas *ocultas* y causales del *Ser Primordial*, lo *único Real*, en cuyo efecto se basan *todas* las formas de percepción y sus mundos de manifestación, tanto en el lado *espiritual* como en el *físico* del cosmos.

Estas fuerzas ocultas y causales del Ser actúan en el ser humano terrenal como sus «*fuerzas del alma*».

Una vez cristalizadas en una vida humana bajo una forma colectiva temporaria, estas adquieren en cierto modo el «tinte» individual del ser humano y son *determinadas* para todo el porvenir por la *voluntad* eterna manifestada en él, de modo que, una vez recibido el impulso, deben seguirlo hasta que este halle su *cumplimiento*.

Si este cumplimiento *no* se produce en la vida terrenal del ser humano que dio el impulso, entonces las «fuerzas del alma» —que ya tienden hacia una dirección determinada— se manifiestan *una y otra vez en nuevas vidas humanas*, hasta alcanzar por fin su cumplimiento al *fundirse* con la *voluntad* que se manifiesta en un ser humano y volverse *uno* con ella.

Una interpretación incorrecta de aquello que alcanzaron a percibir de este proceso indujo a los pueblos de Oriente a la creencia en una reiterada «reincorporación» del ser humano a través del nacimiento en la Tierra.

En realidad, tal reincorporación —es decir, una recaída en la autohipnosis del modo de percepción *físico-sensorial*— solo es posible en personas que, consciente y deliberadamente, destruyeron ellas mismas su propio cuerpo; lo cual *en ningún caso* es obra de la *voluntad* eterna, sino *siempre* solo un intento de fuga del *deseo*. Ocurre, además, en niños que fallecieron antes de que la voluntad eterna hallara el cumplimiento de su impulso hacia la experiencia *físico-sensorial*. Y, en tercer lugar, se da en personas en quienes el afán de dicha experiencia degeneró, por así decirlo, en hipertrofia, de modo que incluso la muerte del cuerpo terrenal solo pudo interrumpir la autohipnosis por un corto tiempo.

Por tanto, la doctrina de la re-encarnación corresponde tan poco al acontecer *normal*, como lo harían el suicidio o la muerte en la infancia temprana si se pretendiera ver en ellos la forma de finalización de la vida terrenal establecida para *todos* los seres humanos...

Si en ti surgen «recuerdos» o incluso leves presentimientos que te sugieren la creencia de que ya podrías haber vivido anteriormente una vida terrenal, es *posible* que tal creencia no te engañe y que tú mismo seas un ejemplo de uno de los tres *casos especiales* que son los únicos que permiten una reincorporación; pero harás mejor si dejas reposar la pregunta hasta que algún día, después de esta existencia terrenal, recibas en lo *espiritual* la única respuesta *segura*.

La sensación de haber vivido anteriormente en la Tierra como una *individualidad diferente* a la tuya *es siempre, y con toda seguridad, un engaño*; ya que en los tres casos especiales mencionados —los únicos que permiten una encarnación múltiple en la Tierra—, incluso en la nueva incorporación permanece siempre la *misma* individualidad en disposición de experimentarse a sí misma en la existencia terrenal.

En cambio, cabe suponer con certeza que casi todo ser humano no enteramente insensible, advierte de tanto en tanto en su interior el obrar de «fuerzas del alma» que recibieron su impulso de seres humanos de tiempos pasados y que ahora buscan llevarlo a su cumplimiento.

Entonces puede ser que a la persona que experimenta tal cosa en su interior se le presenten *imágenes de recuerdo* muy vívidas que provienen de la vida de *aquellas* personas que, otrora, dieron el impulso a las «fuerzas del alma» que ahora actúan en una nueva vida humana.

El error de creer que uno *mismo* fue otrora *aquel* de quien proceden estas imágenes de recuerdo de lo vivido es ciertamente muy *comprensible*, pero solo puede sostenerse a duras penas mediante una experiencia demasiado superficial.

Cada ser humano es una emanación *única y singular* de la *Voluntad Primordial*; surgido del eterno «mar informe de la Divinidad» para alcanzar la *perfección de su forma* individual, diferente de *todas* las demás coemanaciones.

Quien nació en esta Tierra y ha de soportar ahora las fatigas, tribulaciones y dolores que están inseparablemente ligados a la existencia en el cuerpo animal, se ha creado él mismo este destino; pues en aras de la vida en esta manifestación *físico-sensorial*, *interrumpió* el camino hacia la perfección de su forma en el Espíritu.

Inevitablemente, tarde o temprano, ha de retornar, para entonces aspirar de nuevo a la perfección espiritual de su forma.

Cuanto antes *reconozca*, ya en su existencia terrenal, esta única manera de «remediar» su «necesidad», tanto más apoyo podrá obtener de su vida en la Tierra para el curso posterior del camino hacia la plenitud, y más fácil le será eliminar ya aquí, en el mundo físico, los obstáculos que, de lo contrario, podrían convertirse en graves impedimentos en ese camino espiritual.

Pero aun cuando el ser humano, en esta existencia terrenal, *no* alcance *todavía* una vivencia consciente *propia* con sus sentidos *espirituales*, ya se habrá logrado algo significativo en cuanto sea orientado —*por medio de lo que se le comunica*— por aquellos semejantes que ya se hallan en tal vivencia, acerca de la verdadera configuración del «*Más Allá*», que le aguarda tras su muerte terrenal.

Así como en el mundo *físico-sensorial* actúa *un mismo modo de percepción* creador de manifestaciones, y, no obstante, el mundo de la hormiga o del pájaro difiere esencialmente del tuyo; así también existen múltiples diferencias entre los mundos de los seres que perciben *espiritual-sensorialmente*.

¡Existen incontables mundos *espirituales*, así como existen incontables mundos de manifestación *físico-sensorial*!

Sin embargo, la eterna *voluntad* individualizada solo alcanza la mayor perfección de su forma cuando logra unir su querer individual —sin resto de aspiración particular alguna— con la *Voluntad Universal*, en el reino más íntimo del Espíritu, el reino de las eternas fuerzas operantes del Ser que generan las causas; en el mundo de luz de lo *único Real*...

*Más allá de ello* no existe *nada* para el espíritu humano, pues este, el más excelso de todos los mundos, es *infinito* temporalmente, espacialmente y en sus posibilidades de realización.

En la medida en que el Ser «*ilimitado*», el «mar interminable e insondable de la Divinidad», sea *accesible* a la consciencia —determinada por la *formación* de la *voluntad* y por ello limitada, si bien «infinita»— dicho Ser *solo adquiere consciencia de sí mismo en este mundo de luz supremo*, en cada una de las voluntades eternas aquí unidas.

Lo que quise aclararte en estos tres tratados abarca todo lo que el ser humano puede aprehender en la Tierra y durante esta vida terrenal acerca del misterio más íntimo de su existencia, tanto *aquí* como en el *otro* mundo que le aguarda *tras* la muerte física.

¡Todo lo demás que se te cuente sobre el «*Más Allá*» —ya sea una invención fantástica de una fe exaltada o una especulación intelectual— *es teoría gris<sup>2</sup> y quimera insustancial*!

Mas no debes creer en ninguna «cosmovisión», solo porque haya encontrado otros creyentes, pues tu alma no estará en paz hasta que se reconozca a sí misma —como *autoatestiguación de lo único Real*.

---

<sup>2</sup> N. del T.: La expresión viene del Fausto de Goethe: «*Grau, teurer Freund, ist alle Theorie*» («Gris, querido amigo, es toda teoría»).

¿QUÉ HAY QUE HACER?

En los tres libros —«*del Dios Viviente*», «*del Más Allá*» y «*del Ser Humano*»— ofrecí la primera descripción detallada del camino interno que debe emprender todo aquel que tenga el firme y sincero anhelo de hallar su *naturaleza espiritual* en sí mismo.

He mostrado qué debe *hacer* y qué debe *evitar* aquel que va a transitar por este camino.

A pesar de ello, se me ha preguntado una y otra vez: «¿Qué debemos *hacer* ahora? — ¿Cómo debemos *comenzar*?»

Por la formulación y la motivación de *todas* estas preguntas, se infiere claramente que se esperan instrucciones precisas para luego poner en práctica un «*ejercicio*» diario, lo más misterioso posible, que supuestamente conducirá a la meta si se sigue de manera más o menos «mecánica».

Sin embargo, me sucede ante quienes así preguntan lo mismo que a algunos médicos que, al prescribir únicamente los remedios naturales más sencillos, dejan insatisfechos a sus pacientes por no extenderles una «receta»...

La mayoría de estos buscadores, tan dados a interrogar, se habían perdido previamente en los caminos que emprendieron por el laberinto de la moderna literatura «teosófica» u «ocultista», y solo gracias a sus sanos instintos, aunque con bastante dificultad, habían logrado encontrar la salida.

No obstante, semejante extravío había *beneficiado* en cierto modo a los buscadores, pues no existe error que, aun a través de rodeos, no pueda conducir finalmente a la verdad.

Por eso, nadie debe «*maldecir*» el tiempo de su desorientación, porque tal vez no se da cuenta de lo mucho que tiene que agradecerle.

Así pues, haber tanteado el laberinto de las doctrinas «teosóficas», «antroposóficas» u «ocultistas» tampoco ha sido del todo inútil para ninguno de los finalmente liberados.

A través de sus búsquedas a tientas surgió en muchos la convicción de que, *tras* todo el *error* de las doctrinas escuchadas, debía de hallarse, no obstante, alguna *verdad* escondida.

En otros se despertó la intuición de que la leyenda de los llamados «Mahâtmás» —los misteriosos y presuntos fundadores de la moderna «teosofía»— solo pudo surgir porque el Oriente sabe de la existencia de hombres unidos en el Espíritu; hombres que, si bien no practican toda clase de hechicerías como las que se atribuían a esos faquires nacidos de la fantasía, son *verdaderamente* conscientes en lo *espiritual*, ya durante su vida terrenal.

Pese a todo, la mayoría de los buscadores también se llevaron de esos laberintos la insensata creencia de que solo se requería conocer una «técnica» secreta —seguramente muy misteriosa— para, mediante su ejecución, transformarse pronto de una persona corriente en un «vidente de orden superior», en un «iniciado» o incluso en un «maestro» del obrar espiritual.

¡Por muy *acertadas* que sean las dos *primeras* premisas, así de *falsa* es, naturalmente, esta *última* creencia mencionada!

Sin embargo, *charlatanes* sin escrúpulos y hábiles *cazadores de almas* se aprovechan de ello para dar a sus discípulos toda suerte de indicaciones, más o menos dudosas, extraídas de antiguos escritos místicos; instrucciones cuyos efectos, al ser seguidas fielmente, ni siquiera los propios «maestros secretos» solían sospechar que podían desencadenarse.

El discípulo, no obstante, se cree en el camino recto, pues nota que, siguiendo las indicaciones recibidas, realmente se obtienen ciertos resultados con los que la psicología convencional ni siquiera sueña, *a pesar* de toda la investigación clínica y de todo el sondeo del «*subconsciente*» en el ser humano.

Más de un «maestro de lo oculto» podría estar solo alimentando su *vanidad* al transmitir indicaciones para una presunta «apertura de los sentidos internos» —extraídas de algún viejo volumen de pergamino— y que no abren otra cosa que las sombrías criptas enmohecidas donde prospera una forma *activa* de *mediumnidad espiritista*, cuyo cultivo debería dejarse, con pleno derecho, a ciertos charlatanes asiáticos.

Aquel «maestro de lo oculto» no necesita en absoluto *creer* él mismo en la eficacia de sus indicaciones.

Así como un «portador de gérmenes» puede estar *sano* y, sin embargo, propagar los más terribles focos de infección, tampoco tiene por qué ser consciente el difusor de métodos para una presunta «apertura de los sentidos internos» de que solo impulsa el desarrollo de una *mediumnidad espiritista activa* en sus pobres víctimas.

A los discípulos de aquellos que causan daño —en sus diversos grados— les resulta *fácil*, sin embargo, rebatir una crítica científica moderna, ya que en cada palabra de los eruditos críticos pueden percibir cuán a oscuras estos respetables investigadores experimentan en un terreno que muestra *un espejismo* tras *otro*, para atraer al experimentador —tan seguro de sí mismo— cada vez más al fondo del desierto, a medida que aumenta su creencia de encontrarse «*muy cerca*» de la *respuesta* definitiva a sus preguntas.

Uno quisiera poder aprobar el intento de la psicología moderna de *desacreditar* definitivamente ciertos fenómenos —bastante cuestionables— denominados «suprasensibles», si este intento no se desvalorizase a *sí mismo* por las *conclusiones falsas* que, siendo patentes para cualquier conocedor, son extraídas de procesos indudablemente *bien* observados por los investigadores.

¡Incluso el puro e inatacable impulso por el conocimiento de la verdad terminará en *error*, en tanto los *pre*-juicios mantengan atado al buscador de la verdad!

La consecuencia es que esa comunidad bajo el influjo de hábiles *cazadores de almas* —incapaz de crítica y desorientada en la niebla de representaciones confusas— hace tiempo que ha desaprendido a buscar la *verdad* en los conocimientos de la *ciencia*. En lugar de ello, se deja seducir gustosamente por cualquier embaucador al estilo de Eulenspiegel<sup>3</sup>, siempre que este sepa ofrecer su colorida baratija como una presunta «*ciencia oculta*»...

---

<sup>3</sup> N. del T.: Till Eulenspiegel: personaje legendario del folclore alemán (siglo XIV), conocido como un bufón errante y bromista que solía poner en evidencia la hipocresía o ingenuidad de sus contemporáneos mediante el engaño y la sátira.

Si el mencionado *desarrollo mediúmnico*, de acuerdo a su «método», llega a lograrse, entonces él tendrá la partida ganada y se le creará a ciegas cuando, mediante insinuaciones llenas de misterio, sepa propagar que él es la reencarnación de algún excelso espíritu humano de tiempos pasados.

Para todo aquel que lea mis advertencias con cierta perspicacia, debería resultar evidente hace tiempo que conozco perfectamente todos los «métodos» —tanto antiguos como modernos— aquí caracterizados; pero que también me resultaría fácil indicar ciertos otros caminos hacia el llamado «desarrollo suprasensible», de los cuales nada sabían esos extraños santos que, en tiempos recientes, pasaban por ser «*iniciados*» e «*investigadores de lo oculto*» ante sus adherentes.

Existen posibilidades de obtener resultados que no solo deberían parecer inalcanzables a los mejores discípulos de tales «maestros de lo oculto», sino que incluso darían mucho que descifrar a la más incisiva crítica psicológica.

Si no fuera un *crimen* inexpiable mostrar —*siquiera de forma alusiva*— los peligrosos caminos aquí referidos, entonces tal vez una simple indicación podría conducir a esclarecer mucho de lo que, por el momento, no se deja desvelar por ningún experimento psicológico ni investigación metapsíquica<sup>4</sup> alguna.

Por más que, de todo corazón, quisiera prestar este servicio a la ciencia, me encuentro incapacitado para ello no solo por la razón *ya expuesta*, ni tampoco meramente por el *compromiso* que —al igual que a todos mis «Hermanos» espirituales— me liga por el tiempo y la eternidad, sino también porque nos hallamos ante un ámbito cuyo acceso *legítimo exige más* que un simple «afán de investigación científica»...

¡Apenas es necesario remarcar que aquí se trata de algo muy *distinto* de los harto conocidos «ejercicios de *Hatha Yoga*» y de los «métodos» de ellos derivados para producir ciertos *milagros de faquir!*

---

<sup>4</sup> N. del T.: El término «metapsíquica» es muy preciso históricamente; se refiere al estudio de los fenómenos que hoy llamaríamos parapsicológicos, muy común en la época en que se escribió este libro.

Pero incluso si no estuviera *obligado* en modo alguno, jamás podría prestarme a revelar aquello que por motivos tan convincentes se mantiene oculto, pues bien sé qué *desgracia* se desataría, inevitablemente, de caer en manos de ávidos de poder.

No ambiciono en absoluto un «destino de Prometeo»<sup>5</sup>, al que quedaría irremediablemente condenado si pretendiera convertirme en el autor responsable de tal desgracia.

Para alcanzar la *unión espiritual con la Luz Primordial* —para el *despertar* de la *naturaleza* espiritual del ser humano de su sueño profundo—, para aquello que el conocimiento sublime denominó el «*renacimiento*», los conocimientos aquí referidos no son *ni necesarios ni útiles*.

Al igual que *todas* las artes basadas en la aplicación de fuerzas psicofísicas de elevada tensión, en general desconocidas, aquellas de las que aquí se trata *no tienen el menor vínculo* con el despertar y el despliegue del eterno *ser humano espiritual*.

Lo que se requiere para *este* despertar y despliegue es, en primer lugar, una actitud constante de todo el pensamiento, el sentimiento y la voluntad hacia la meta anhelada.

El ser humano terrenal, en su totalidad, debe primero transformarse *a sí mismo* paulatinamente y por su *propio* esfuerzo, antes de que la *ayuda espiritual* le sea concedida.

**De poco o nada** sirve asumir esta actitud *solo de vez en cuando*, tal como el devoto de una comunidad consagra habitualmente a *su Dios* un día de cada siete...

*Cada minuto de la vida verdadera, cada acción cotidiana, cada pensamiento emergente, cada deseo y cada impulso de la voluntad terrenal* debe estar, de aquí en adelante, bajo la influencia formadora de la actitud requerida, si es que el ser humano que ha emprendido este camino desea alcanzar logros *reales* y no solo *imaginarios*.

---

<sup>5</sup> N. del T.: Referencia al titán griego que robó a los dioses el fuego, símbolo del conocimiento, para entregarlo a la humanidad, por lo cual fue condenado a un tormento eterno.

Los «ejercicios» realizados periódicamente solo podrían consistir, en el mejor de los casos, en un repetido esfuerzo por *profundizar en el sentir* de dicha actitud.

Todo lo que se recomiende en este sentido tiene el *único* propósito de mantener viva en la consciencia la nueva actitud de todo nuestro sentir y aspirar, para que no se pueda perder ni por un momento.

**M**as si esta actitud se mantiene de manera *constante*, de modo que determine eficazmente *toda la vida cotidiana* —sin importar a través de qué medios de ayuda, adaptados a la naturaleza individual, se logre esto—, entonces pronto acontece todo lo demás «por sí mismo», es decir, sin nuestra intervención consciente.

Se forma entonces, en un ser humano así afianzado, un *centro de fuerzas* que adquiere un efecto cada vez mayor y, finalmente, establece la conexión espiritual con los centros de fuerzas similares ya *perfeccionados* aquí en la Tierra, sin que para ello sea necesario un acto de voluntad especial.

Apenas esta conexión resulte *posible*, el buscador recibe la ayuda espiritual de quienes ya han *hallado la meta*, y que no conocen deber más elevado que el de prestar ayuda allí donde esta pueda ser *acogida*, sin importar si ya puede ser percibida por la consciencia o todavía no.

El buscador se ha convertido entonces, por así decirlo, en un «aparato receptor» de cierto tipo de irradiaciones espirituales que, si bien pueden percibirse *internamente*, *no* son captables mediante *experimentos científicos*.

Los efectos procedentes del Reino del Espíritu sustancial solo pueden experimentarse *en el interior*, y jamás pueden ofrecer material para una definición conceptual a una investigación erudita ajena; pues se trata aquí de algo *vivo* que se retira de inmediato ante el más leve intento de palparlo.

¡Pero no se crea que se pueda llegar en un santiamén a ser tal «aparato receptor»!

Quien por los Eternos pretenda ser admitido para recibir su enseñanza, debe saber revestirse con el mandil de la paciencia...

Tampoco la *voluntad terrenal* más intensa —que debe *diferenciarse* con gran precisión, como mera manifestación de *funciones cerebrales*, de la voluntad *eterna* que se manifiesta en el espíritu humano— puede acelerar el desarrollo de los órganos de recepción espiritual.

Un caprichoso «querer» cerebral solo *perturba* el proceso de cristalización de las fuerzas en consideración, las cuales deben confluir en un nuevo centro de fuerzas que ya *no* esté sometido a las funciones cerebrales.

Cuanto más consecuentemente se mantenga la «*actitud*» interior del ser entero aquí siempre señalada —tal como un telescopio debe permanecer enfocado en el objeto de observación—, tanto más pronto podrá alcanzarse el momento que ponga al buscador en contacto *tangible* con sus auxiliares espirituales.

*Solo* la *conducta práctica* del buscador *en su vida diaria* es lo determinante, y no, por ejemplo, el cumplimiento o incumplimiento de «ejercicios» de cualquier índole.

Mas con esto *no* se pretende decir que no pueda uno entregarse a *una forma especial de recogimiento espiritual*, repetida periódicamente, si se ha observado que, gracias a ello, también la conducta en la vida diaria experimenta el deseado afianzamiento de la orientación hacia lo espiritual.

Si el buscador ha entrado en contacto suficiente con sus auxiliadores espirituales, se efectúa primero una suerte de examen de sus fuerzas y, según el resultado de este, se «ajusta» la influencia espiritual sobre él.

La escala de las posibles irradiaciones espirituales comienza con el simple *fortalecimiento* de las *fuerzas propias* del buscador y se eleva hasta la *orientación espiritual personal*.

En los pocos que, ya *antes* de su nacimiento terrenal, se hallan bajo tal orientación —pues han de perfeccionarse como «Maestros» del obrar espiritual en la Tierra—, se produce finalmente una total fusión *espiritual* con el guía, aun cuando este viva quizá en una parte remota del mundo; de modo que el discípulo ya no recibe una enseñanza *conceptual*, sino que *vivencia* todo lo que acontece en el Espíritu —y no en la «*consciencia cerebral*»— de su guía.

La intención del «Maestro» de hacer perceptibles para *su discípulo* ciertos procesos espirituales vivientes en él es suficiente para que el discípulo los perciba como si ocurrieran en sí mismo, aun cuando este sepa, sin ninguna duda, *de qué manera* llega a tal vivencia compartida.

Puesto que el «Maestro», en cuanto a *su* individualidad, ha *alcanzado* ya hace tiempo la unión con la «Luz Primordial», el discípulo experimenta esta unión, en primer lugar, *a través de la fusión con* el alma luminosa *de su guía*.

Gradualmente, el discípulo madura hasta alcanzar, *por sí mismo*, la unión con la Luz Primordial.

*Alcanzado* este objetivo, él no solo se halla en la consciencia de su *propia* individualidad espiritual *eternamente indestructible*, sino que también siente en sí mismo, simultáneamente, la consciencia de *todas* las demás individualidades en el Espíritu que alguna vez se manifestaron en una consciencia humana...

Quien así ha alcanzado la perfección, se percibe a sí mismo *fusionado* con todos aquellos que, del mismo modo, han llegado a la plenitud, en una *consciencia de comunidad* nueva para él, a la cual nada de lo conocido en la Tierra es comparable.

Su propia consciencia *individual* reposa inmersa en esta consciencia común.

Sin embargo, *jamás* podrá la consciencia individual del perfeccionado «disolverse» en la consciencia comunitaria.

El individuo particular vive en esta fusión, por toda la eternidad, la vida del *Todo*, *compenetrando* a todas las demás individualidades de este Todo y siendo *él mismo compenetrado por ellas*, sin que

ninguna de las individualidades del Espíritu así unidas pueda jamás perder su *existencia propia*, determinada por sí misma.

Una *certeza* total respecto a la continuidad de la consciencia humana—la cual, más allá de la muerte del cuerpo físico, se vivencia eternamente en el modo de percepción *espiritual*— existe naturalmente *solo para los pocos* que ya han *alcanzado* en su existencia terrenal el objetivo aquí señalado.

Todos *los demás* seres humanos dependen únicamente de *conjeturas* o del *consuelo de una doctrina de fe*, a menos que prefieran confiar en las transmisiones de los pocos semejantes que ya en vida en la Tierra conocen también «la vida después de la muerte» *por experiencia propia*.

Los auténticos testimonios de quienes *realmente* alcanzaron este objetivo —y no solo en la embriaguez del éxtasis o sujetos a alguna forma de hipnosis— son *claramente diferenciables*, para una crítica imparcial y libre de *pre-juicios*, de las fantásticas construcciones de entusiastas delirantes o de visionarios con talento poético.

*Entre todos los pueblos* pueden hallarse los testimonios auténticos de los Conscientes del Más Allá, y *en todas las épocas* vivieron individuos que pudieron dar relato veraz sobre la vida en el Espíritu.

El *ropaje* bajo el cual se oculta tal relato puede ser tallado según la moda de la *época* y mostrar el color de la *creencia* que solo en ella se reconoce, pero aquel que no se contenta solo con la *apariencia*, percibe tras *todos* estos ropajes, una y otra vez, al ser humano y su más profunda vivencia: *la unión con el hontanar de todo el ser de la eternidad y de toda existencia en todas las regiones del espacio y del tiempo*.

Aquel que ha comprendido *qué es* lo que el elevado camino —que mis escritos le muestran— demanda de él, y qué objetivo puede alcanzar aun el *poco apto* en este camino a lo largo de sus días terrenales, *no volverá* en lo sucesivo a preguntarme qué debe «*hacer*», ni esperará como respuesta la receta de un extraño «ejercicio».

Habrá reconocido que aquí se trata de algo *inconmensurablemente más elevado* que las asombrosas «fuerzas del faquir», de algo *inconmensurablemente más elevado* que los más asombrosos «milagros del ocultismo», y de algo *inconmensurablemente más elevado* que aquellas «enseñanzas secretas» de conventículos encadenados al intelecto, adornadas con retazos de ciencia...

Aunque me vea en la necesidad —para ser comprendido al menos por quienes corren mayor peligro— de remitirme a lo ya conocido y, en ocasiones, a la terminología de Oriente tal como se ha vuelto corriente a través de los escritos «teosóficos», aquel que profundice pronto descubrirá que hablo de cosas de las cuales, hasta ahora, solo nos han llegado imágenes muy *distorsionadas*.

Incluso el erudito orientalista que *conoce* todos los textos de Oriente hoy accesibles, solo hallará en ellos *indicios velados* de lo oculto, pues las antiguas escrituras, tenidas por sagradas, fueron escritas sin excepción para aquellos que ya habían recibido instrucción *secreta* «de boca a oído».

Los artífices de los antiguos libros religiosos mezclaban *con intención* relatos prosaicos, crónicas o narraciones —que no contienen *lo más mínimo* de enseñanza secreta— entre aquellos escritos que debían ser comprensibles *solo para los preparados*, mientras que el mero sentido literal a menudo afirma lo contrario de aquello que los conocedores podían extraer de la misma parte del texto.

Las enseñanzas de las que aquí soy portavoz han sido, además, incluso en forma *velada*, registradas *solo en extremo raras ocasiones* y, aun entonces, *siempre de manera fragmentaria*.

Sin embargo, los manuscritos en los que se encuentran *reunidos* estos fragmentos *jamás* serán accesibles —ni hoy ni en el futuro— a los no llamados. Se considera aquí «no llamado» a *todo aquel* que aún no haya *experimentado* en sí mismo, de modo *espiritual*, aquello que, concebido como «canon», se presenta en estos manuscritos como *posibilidad de vivencia*.

Hasta hace poco, los escasos seres humanos que *viven* estas enseñanzas —y que, por ello, también *pueden* «enseñarlas»— respetaban estrictamente antiquísimos preceptos que prohibían, bajo cualquier circunstancia, la difusión *pública* incluso de las pocas indicaciones que ahora me veo *obligado* a dar.

Solo una *mitigación* de la rigurosa concepción de aquellos preceptos hizo posible la presentación pública de estas enseñanzas en el presente contexto, luego de que los elevados guías de la jerarquía espiritual —cuyo nivel *más bajo* lo forman sus escasos miembros en nuestro planeta— hubieran dispuesto esta interpretación menos rigurosa por considerarla acorde con el bien de estos tiempos.

Quien quiera captar lo que ahora enseño públicamente, deberá abandonar la idea de que se trata de una nueva derivación religiosa, o incluso de promoción para algún sistema filosófico oriental.

Quien busque hallar vestigios del Conocimiento al que sirvo en la historia de la humanidad, sabrá sin duda encontrarlos.

Ese Conocimiento vivía en su forma *más pura* en los seres humanos *durante los albores de los antiguos cultos místéricos*.

No obstante, para los oídos atentos, las voces *de todos los siglos* hablan un lenguaje claro, y no requiere gran esfuerzo constatar que el *origen* de este testimonio de conocimiento ha ejercido una vasta influencia en la Tierra hasta tiempos muy recientes, como fuente inspiradora para *toda* asociación humana cuyo fin más sublime haya sido —o siga siendo hoy— alcanzar *la más alta dignidad humana*.

Mucho habría que decir al respecto que por ahora no puede ser tratado, pues se refiere a cuestiones que deben ser descubiertas por aquellos *mismos* a quienes atañe lo aquí silenciado.

¡Mas quienquiera que desee *cosechar* los frutos que crecen en el jardín de las enseñanzas aquí expuestas, debe hacer *de su existencia entera* un «ejercicio» perpetuo!

Esa *nueva vida* que anhela encontrar ya está contenida en su cotidianidad, solo que aún no es capaz de *reconocer* lo que en ella hay de nuevo para él.

No tiene necesidad de que «maestros secretos» le impongan «ejercicios» de efectos perniciosos, pues su vida diaria es, *en sí misma*, el «ejercicio» verdaderamente espiritual más eficaz, aquel que *la eterna Luz Primordial* le proporciona cada nuevo día.

*En la vida cotidiana —en la forma más sencilla y sin gestos misteriosos—, hallará con el tiempo el perfeccionamiento que le es alcanzable aquí en la Tierra, mas nunca en «escuelas esotéricas» ni en soberbios círculos de supuestos iniciados, cuya insolencia les hace representar el papel de «maestros» espirituales, y para quienes solo cabe pedir *perdón*, pues *no saben* lo que hacen<sup>6</sup>...*

¡El perfeccionamiento espiritual exige al ser humano *por entero*!

¡«Cuerpo» y «alma» jamás deben percibirse *separados* mientras se busca este perfeccionamiento!

No existe nada «corporal» que no sea, *al mismo tiempo*, «del alma», y *no* se trata de una «espiritualización» del cuerpo, sino de la encarnación terrenalmente posible y tangible *del Espíritu eterno* a través de las fuerzas del *alma*.

¡Quienes *desprecian* el cuerpo y, aun así, esperan alcanzar el Reino del *Espíritu eterno* y sustancial, encuentran en su lugar tan solo un nuevo *reino de ilusión*!

Pero al *cuerpo* se le exige que aprenda a «*creer*» en el «Yo» eterno y suprapersonal que en él se oculta, y cuya *manifestación* debe llegar a ser.

El «Yo» eterno, engendrado por el Espíritu, es la *f fuente* pura de las fuerzas espirituales en el ser humano de la Tierra, mas el cuerpo es el *cántaro* para recoger estas fuerzas y hacerlas aflorar en la vida terrenal.

¡En este «Yo» eterno nos encontramos *a nosotros mismos*, tal como somos *eternamente* en lo eterno!

¡Solo en este «Yo» más íntimo encontramos el *eterno Espíritu sustancial* que todo lo abarca!

¡Solo en tu «Yo», que se engendra a sí mismo, encuentras a *tu «Dios viviente»*!

---

<sup>6</sup> Cf. «Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» (Lucas 23:34, RVR).

¡No es por el intelecto ni por una vasta erudición en las escrituras como se alcanza lo *más elevado* que el ser humano es capaz de alcanzar!

¡La *perfección* espiritual es una consecuencia de la *vida*, y *no* el resultado del *pensar* incisivo!

Ciertamente, existe algo que *solo puede* ser alcanzado mediante el *intelecto*.

¡Esto es lo que se debe procurar *concebir* con el pensamiento para poder «saberlo»!

¡*Pero luego*, el sabio se eleva *por encima* del saber, hasta que aprende a pensar *como piensan los niños*!

No es de manera «pueril» como debes aprender a pensar, sino volviendo de nuevo a *la unidad entre el pensante y lo pensado*.

En tal unidad concebiste antaño, cuando eras niño, tus *primeros* pensamientos, y solo en esa misma unidad pueden pensarse los *últimos y más elevados* pensamientos.

Así como tu pensamiento más temprano no «ideó» su materia, sino que la halló en la primera experiencia *terrenal*, así también tu experiencia *espiritual* debe brindarte al fin los sillares con los que habrás de abovedar la elevada cúpula de tu conocimiento...

¡Entonces no habrás pasado inútilmente por tu vida terrenal, ni habrás sufrido en vano su dolor!

¡Al abrigo de tu «Más Acá», podrás aguardar confiado tu «Más Allá», teniendo *ya hoy la certeza de tu vida eterna en la Luz divina*!

FIN